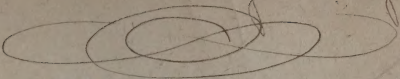


AT UNIVERSITY OF
NOIS LIBRARY
BANA-CHAMPAIGN
STACKS

Escritor de la y de Melyra



BOCETOS

de *cu*

GUNAS CELEBRIDADES

DE DIVERSAS ÉPOCAS

se ofrecen interés en la historia patria

POR

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG



MADRID : 1904

Librería de los Sucesores de Hernando.

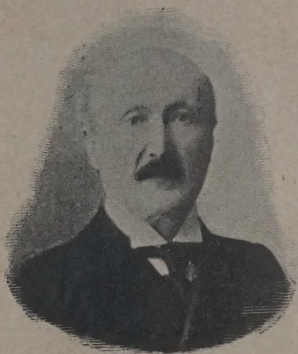
Arenal, 11.

2084 1 B. 11. 10

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

946.00992

B015a



J. Olmedilla y Puig.

ADVERTENCIA



En el diminuto libro que tengo la honra de presentar al público, se reúnen unas cuantas semblanzas de ilustres personalidades, cuyos nombres ha tiempo alcanzaron en su mayoría el lauro de la fama, los honores de la inmortalidad y la veneración pública, sin que mi modestísima pluma se ocupe ahora de enaltecerlos. Pero el presente trabajo tiene por principal objeto coleccionar y reunir artículos dispersos que en su mayoría ya han sido publicados, principalmente conmemorando fechas de gran resonancia en la vida de estos personajes, los cuales por su poderosa inteligencia y sus admirables obras, han llegado á la cúspide de la celebridad, destacándose de la talla general y del nivel ordinario de tal modo, que por mucho que se recuerden, jamás se habrá cumpli-

do la misión de tributar á su memoria el galardón que merece.

Por otra parte, sólo me propongo presentar algún rasgo saliente y característico de las eminencias que aquí se citan, sin pretender en modo alguno escribir biografías, ni realizar estudios históricos. Así es que únicamente debe considerarse este volumen como pequeña reunión de algunos datos recordatorios, que sean como ligeras noticias de lo mucho que realizaron esas personas en su interesante y, á veces, accidentada y tempestuosa vida.

Unos cuantos perfiles que dibujen, aunque muy imperfecta y confusamente, la figura de los que aquí se mencionan; la impresión producida por alguna de sus obras ó el eco imborrable de alguno de sus actos; señalar cualquiera de los hechos que les ha valido el renombre que adquirieran, es lo que se consigna en estas páginas, destinadas principalmente á evocar fechas ó á señalar actos de verdadero mérito que han tenido resonancia en diversos horizontes de la actividad humana.

De todos modos, nuestro objeto ha sido en muchos casos presentar algunas notas salientes de la vida de las celebridades, al llegar determinados días, por lo cual pueden considerarse estos artículos como breves reseñas consagradas únicamente á despertar la atención acerca de personas que no deben darse al olvido nunca, pero que

en marcados momentos ha de refrescarse su memoria, como anualmente se colocan lozanas y aromáticas flores en los sepulcros de los seres queridos.

Sólo es, por tanto, un trabajo ligero, presentado á modo de recuerdo y admiración á insignes varones, cuya vida interesa conocer á todo español, y que en su mayoría había ya publicado anteriormente en diversos periódicos, casi todos en señalados días, que traían á la memoria algún hecho notable de su existencia ó algún rasgo característico de su personalidad.

Relátanse unos cuantos episodios que juzgo de gran interés, siquiera sean expuestos por quien no tiene otro título que el de ferviente entusiasta de los hechos realizados por tan egregios varones, verdaderas estrellas cuyos fulgores no han de extinguirse nunca, aun cuando hayan desaparecido del mundo de los vivos.

Muchos de los nombres aquí consignados llenan el mundo y han ingresado por derecho propio en el templo de la fama. No han menester, como ya he dicho, que mi pluma los enaltezca. Pero la circunstancia de haberme honrado alguno de ellos con su particular amistad, conociendo hechos de su vida no divulgados ni consignados en otras biografías, y la de ser asimismo admirador de todos, es la causa de que haya presentado en colección unos cuantos rasgos de su existencia.

De todos modos, al ofrecer al público reunidos estos artículos, sólo aspiro á rendir nuevo tributo de consideración á quienes han merecido tanto, que no deben tenerse por excesivamente repetidos los aplausos que se les otorguen, ni extinguirse jamás el eco de las palabras pronunciadas en su elogio.

DOMINGO DE LA CALZADA

INGENIERO, MÉDICO Y SANTO (*)



Cuando volvemos los ojos á los lejanos horizontes de la historia española del siglo xi, no podemos menos de ver en los arreboles de poesía de que está henchido aquel memorable periodo del pasado de nuestra patria, la figura de un sabio que pudo enlazar las virtudes y abnegación del héroe con los deslumbradores destellos de la poderosa iniciativa propia del genio.

(*) Todos los artículos señalados con asterisco, han sido publicados en *La Correspondencia de España*.

Tales consideraciones sugiere el recuerdo de una fecha con que la Iglesia celebra el 12 de Mayo el aniversario de la muerte de uno de los varones egregios que ha colocado en sus altares, de igual modo que la Ciencia puede también conmemorar el final de uno de los personajes que han rayado á gran altura en varias de sus difíciles manifestaciones, con la particularidad de que sus obras han sido el producto de natural ingenio y propia inspiración, y no el resultado del estudio en los libros, llevando envuelta esa aureola de originalidad y de mérito que surgen del superior talento, al modo que la flor de perfumado aroma crecida en el bosque sin los cuidados y esmero del cultivador.

En 1019, y en la pequeña población de la Cantabria llamada Vitoria, vió la luz Santo Domingo de la Calzada, cuya festividad celebra la Iglesia el 12 de Mayo referido.

Transcurrieron sus primeros años en la ocupación de pastor,

y dotado de grandísima fe religiosa, tenía verdadero anhelo por ingresar en el claustro; pero no fueron admitidas sus demandas al solicitar la entrada, tanto en los benedictinos de Valvanera como en el convento de San Millán. Recibió, sin embargo, educación en el primero de dichos conventos, contando á la sazón muy pocos años, hasta que se retiró á cercano bosque, entregándose á la vida contemplativa, donde, á solas con la naturaleza, podía dar á su inteligencia y á sus sentimientos todo el vuelo de que eran susceptibles.

Asociados en un mismo individuo, por no frecuente capricho de la suerte, la ciencia, la virtud, el talento y la caridad, dirigió la construcción de calzadas, con objeto de facilitar el camino á los peregrinos que iban á visitar el sepulcro del apóstol Santiago, acogiéndoles y auxiliándoles en cuanto le era posible, y en 1044 fué cuando construyó el magnífico puente que todavía se admira en el río Oja.

Las condiciones personales de Santo Domingo atrajéronle gran fama, hasta el punto de que el monarca Alfonso VI de Castilla le cedió un palacio que los reyes tenían en aquellos alrededores, en el que fundó el Santo un hospital que ha sido y es todavía un verdadero modelo de estos establecimientos benéficos.

Poco tiempo después edificó una ermita, bajo la advocación de la Virgen, teniendo singular empeño en que su sepultura estuviese colocada en las inmediaciones, asistiendo él mismo á los trabajos en que había de establecerse su enterramiento y ayudando á cavar su sepulcro, pensando mucho más en la vida imperecedera que en la breve y fugaz estancia mundana, siempre con gran fe y valor y perseverancia ante las contrariedades y borrascas de que la vida está erizada.

La fantasía ha dado lugar á la creación de un héroe legendario, como suele acontecer con los individuos que descuellan en un

orden determinado de la humana actividad, por lo cual ha sido objeto su sepulcro de numerosas visitas, desde los monarcas que han colocado tan alto su nombre en la historia como Alfonso *el Batallador* y Alfonso VIII, hasta los más humildes y modestos entusiastas de las glorias de tan excelso personaje.

De todos modos, el hospital que construyó y las curaciones que bajo su dirección se realizaron, acreditanle de médico entendido, que tuvo su aprendizaje en el libro de la experiencia y recibió sus lecciones en los enfermos, siquiera estuviese rodeado del empirismo á que su entendimiento prodigioso pudo dar el carácter de método y perfección sólo reservado al genio.

Que sus inclinaciones estaban del lado de la Ciencia, se pudo observar ya en sus primeros años, cuando dedicado á la guarda de ovejas en su humildísima ocupación de pastor, observaba con particular atención las plantas, recogíalas cuidadosamente y es-

tudiaba sus caracteres y propiedades para emplearlas más tarde, cuando estuvo en condiciones de realizarlo, en el tratamiento de los enfermos, como pudo apreciarse en sus éxitos clínicos.

Alcanzó larga vida y tuvo el consuelo de exhalar el último suspiro en 12 de Mayo de 1109, en aquel mismo hospital donde prodigara á manos llenas los tesoros de su caridad á los que en él se albergaron y que hoy todavía presta sus auxilios á la humanidad doliente, y donde distinguidos doctores tienen ocasión de manifestar su extensa ciencia, con gran ventaja para los enfermos que acuden anhelosos de salud.

Recordemos, por tanto, en la indicada fecha con verdadero entusiasmo la existencia de aquel privilegiado español, cuando al mencionar el pueblo de la provincia de Logroño que lleva su nombre, podamos decir que nombramos á un tiempo mismo á un santo, á un carácter, á un sabio y á un héroe del trabajo.

LA SEPULTURA DE LOPE



El camino de la inmortalidad se halla erizado de abrojos y sin-sabores, que se reflejan á veces, cual baldón eterno, en la frente de las sociedades, como castigo á la injusticia ó indiferencia con que trataron á los genios que albergaron, y en cuya vívida luz debieron deslumbrarse, como han iluminado á la humanidad con sus destellos, aquellas titánicas y privilegiadas inteligencias. La vida del mayor número de individuos pasa cual fugaz centella que se extingue cuando apenas aparece; pero hay seres privilegiados, cuyo destino es vivir eter-

namente, ya que no la vida material, por lo menos otra existencia menos dada á los embates y oleaje de las desventuras, cual es la vida del espíritu.

Mas ¡cuán indiferentes son los hombres para sus contemporáneos! Los ven desaparecer y no procuran guardar sus restos cual preciosa reliquia, dejando á posteriores generaciones que admiren las obras de los genios, pero que lancen el anatema sobre los que dejaron perder aquellos preciosos sarcófagos, privando á los admiradores de colocar una corona sobre una sepultura cuya tierra habia merecido tan singular privilegio.

Así sucedió con el inmortal Cervantes, cuyas desventuras parece que habían de seguirle más allá de la tumba. Análoga suerte ha cabido al Fénix de los ingenios, al gran Lope de Vega, cuya fecundidad literaria ha rayado en lo maravilloso, y cuyas ingeniosas fábulas admiramos todavía en la escena, cual preciosas y aromáticas flores que no

han perdido su frescura y fragancia en el largo espacio de más de tres centurias que han transcurrido desde que vieron la luz por vez primera.

Tales reflexiones nos ocurrieron al llegar el día, que reviste el carácter de una fecha célebre, en que vió la luz primera Félix Lope de Vega Carpio, en el año 1562 (1).

Renuévanse, por fortuna, en estas ocasiones sentimientos que permanecen dormidos, pero no muertos, en el fondo de nuestra alma, y vamos á evocarlos, siquiera se hallen en un todo desprovistos de la galanura y corrección que el asunto merece, pues hay ideas ante las cuales solamente el sentimiento domina, y enmudece por completo la fría y serena reflexión.

(1) Este artículo fué leído en un importante Círculo literario de Madrid, el 25 de Noviembre de 1881, para conmemorar el natalicio de Lope de Vega, y publicado después en *La Ilustración Española y Americana*.

No vamos en estos instantes á escribir una biografia de Lope de Vega. Ni el momento ni la ocasión son oportunos, ni nuestras fuerzas suficientes para dar cima á una empresa que brillantes plumas se han anticipado, ha mucho tiempo, á llevar á cabo de un modo honroso para la gran figura literaria que se propusieron bosquejar.

Su existencia se vió conmovida por hechos diversos y contradictorios, al modo que las olas de un encrespado mar son agitadas por incesantes tormentas. Pero ese mismo oleaje avivaba el entusiasmo en su fantástica imaginación, y producía un torrente inacabable de deslumbradoras joyas, cuyo centelleo no se extinguirá mientras exista el idioma castellano, y serán siempre el más grande é imperecedero monumento que pueda erigirse á su gloria.

Se ha revelado ya en varios escritos la vida accidentada de tan gran portento, que manejó con igual denuedo la espada que

la pluma, sufriendo las contrariedades y atravesando los variadísimos accidentes de la vida del soldado y las curiosas aventuras del estudiante, en épocas que la fraternidad y espíritu de clase en este período de la vida eran legendarios. Sus viajes durante la edad juvenil fueron larguísimos, y en tan borrascoso período de su vida sostuvo, al decir de sus biógrafos, diversos lances de honor, y fué afortunado en varias empresas amorosas, que su talento y su agraciada figura le granjearon, todo lo cual da á su juventud un colorido de fantástica y curiosa, que interesa sobremanera y explica, hasta cierto punto, que aquella imaginación acalorada se inspirase muchas veces en sus aventuras propias para idear las fábulas á que su fantasía daba forma con una rapidez que pasma y con una perfección en muchas ocasiones inexplicable, si ha de atenderse al escasísimo espacio de tiempo en que las llevó á cabo.

Citaríamos en este sitio, si pre-

tendiésemos ser biógrafos de Lope, algunos hechos notables de su gràn precocidad, tales como el de leer perfectamente el latín á la edad de cinco años, y el ser su versificación tan espontánea, que ya en su niñez hablaba en verso gran número de veces, sin rectificar apenas un concepto de los que por vez primera brotaban de sus labios cual rico manantial de inagotable fuente de poesía. Sólo así se explica ese número inmenso de obras que ha legado á la posteridad; biblioteca que encierra tesoros inapreciables de belleza.

Sólo así se comprende, como él mismo dijo, que el espacio de veinticuatro horas fuese suficiente para crear un argumento y verle en la escena vivificado, cuya rapidez solamente es posible á talentos de un alcance tan superior, que pueden muy bien calificarse de verdaderas excepciones de la humanidad, cual luceros de brillo deslumbrante, que hacen palidecer los fulgores de todas las estrellas que en torno

de un cielo poético se ostentan.

Los estudios teológicos y la carrera eclesiástica fueron en la edad provecta sus ocupaciones, ofreciendo un dignísimo modelo de austera vida y ejemplar conducta, que contrastó notablemente con las variadas y peligrosas aventuras de una tumultuosa y agitadísima juventud. Lope fué, pues, digno sacerdote, y supo prescindir de su pasado y olvidar sus extravíos, hasta el punto de no haber sido obstáculo para que su talento se abriese paso, cual los rayos del sol dispersan las nebulosas brumas, mereciendo que le honrasen con su amistad pontífices y monarcas, al propio tiempo que ser idolatrado del pueblo y que su nombre volase de nación en nación, no obstante la dificultad de las comunicaciones en aquella época.

Ni somos de los que pretenden arrojar sobre la memoria de Lope de Vega alguno de los hechos propios de su vida privada, ni tampoco de los que quieren á

toda costa defenderle. Creemos que se hallan fuera del alcance del crítico, porque sólo intentamos admirarle como poeta, y como tal se encuentra á inmensa altura, de la que no desciende aun cuando se le señalen defectos en su vida, pertenecientes á otro orden de ideas. Siempre será el astro luminoso de esplendentes luces, y jamás debe perderse de vista que lo que es permitido á la generalidad, le está vedado al genio, sobre el que se fijan las miradas del mundo, que le contemplan, y de la envidia, que intenta aniquilarle.

Señálanse también en su juventud rasgos de independenciam y falta de sumisión, los cuales no eran sin duda otra cosa más que el resultado de las manifestaciones de aquella poderosa inteligencia, que no se conformaba con los resultados del criterio ajeno, y pugnaba por mostrar á todos la llama de inspiración y genio en que se abrasaba, no pudiendo contener en los estrechos límites del silencio el tumultuoso

torrente de ideas que forjaba su mente, para desbordarse en miles de ríos de fecundante poder, y á cuyo influjo había de brotar vegetación fastuosa.

Algunos períodos de la vida de Lope se hallan envueltos en una aureola de fantástica leyenda, de tal suerte, que la imaginación se pierde en los espacios que recorre. En varias de sus obras dramáticas se retratan los matices por que atraviesa su existencia, como acontece con muchos de los grandes poetas. En el sol que ilumina los espacios, en la cristalina fuente, en el solitario campo ó en el bullicioso tropel de las ciudades ven objetos distintos que la generalidad, pues encuentran orígenes de poesía que les transportan fácilmente al mundo de los ensueños. Su imaginación embellece y rodea de encantos todo aquello que se encuentra en el árido terreno de la prosa para quien no siente el fuego abrasador de la poesía.

Nacido para ella Lope, encontró en su cultivo el ambiente don-

de explayar su pecho, cual el ave halla en el horizonte espacio en que tender su vuelo. Su vena inagotable respondía indudablemente al inmenso volcán de inspiración que encerraba en su mente y pugnaba por salir al exterior, difícilmente contenido por la voluntad. No es, pues, extraño que los sitios por él habitados y los objetos materiales que recuerdan su vida hayan sido consagrados por la posteridad, que nunca creerá haber honrado bastante la memoria de una de las más grandes figuras que registran los anales de nuestra nación.

El número de las obras dramáticas que aquel ingenio produjo sabido es que fué prodigiosísimo, pues pasan de mil ochocientas comedias las que brotaron de aquella privilegiada pluma, con igual soltura en los juveniles años que cuando cubría su cabeza la nieve de la ancianidad. En efecto; aquella nevada cabellera, lejos de enfriar una inspiración rica de fantasía, daba olorosas y

frescas flores, cual si las hubiese producido la primavera exuberante de vida y lozanía. Sus pensamientos se sucedían con la rapidez del relámpago, imaginando cuadros llenos de vigor, donde se veía el fuego de la pasión llevada á la cúspide del entusiasmo en aras del genio, ó ya la discreta y sencilla fábula, desarrollándose con la naturalidad que las cristalinas aguas del arroyo producen la vegetación asombrosa de sus orillas.

Su existencia no fué corta, pero puede considerarse cual fugaz y rápido meteoro en atención á los copiosos frutos que de su ingenio brotaron, observándose que nunca decaía en los diferentes y accidentados periodos de su curiosa vida aquella musa inagotable, semejante á nacarada concha de irisadas perlas, donde la mano del artista se viese perplejo en la elección, por la dificultad de hallar mayor belleza en una que en otra.

El día 27 de Agosto de 1635 se extinguió la llama de la antorcha

que encendió su vida, y comenzó el juicio de la posteridad, que ciertamente le ha hecho justicia colocándole en la cúspide de gloria destinada á los más brillantes soles del Parnaso español, siquiera hayan existido algunas épocas en que su memoria ha estado algún tanto velada por el manto del olvido, del cual no ha podido menos de protestar la opinión al volver los ojos al repertorio de nuestro clásico teatro.

Pero la sepultura que guardaba los preciosos restos de Lope de Vega fué profanada, dejando que un censurable olvido perdiera tan sagrado depósito, yendo á confundirse en la fosa común, cuando á principios del siglo XIX, que parecía nacido á llevar honroso dictado en el curso de las humanas generaciones, al separar de una iglesia del centro de Madrid los cadáveres que en su suelo yacían (1), para dejar el sitio á los que venían en pos de

(1) La iglesia de San Sebastián.

ellos, reuniéronse sin distinción alguna los huesos allí existentes, y desapareció para siempre el último resto material de aquel á quien su patria no le ha señalado sitio especial de reposo, habiendo, sin embargo, llenado el mundo entero con su nombre.

No somos de los que rinden culto excesivo á los objetos materiales. Pero creemos que un pueblo debe llevar el celo de sus pasadas glorias hasta el punto de conservar los restos de sus genios en preferentes sitio. Ya que la brevedad de la existencia es incompatible con la eterna prolongación de la vida, procuremos inmortalizarla por cuantos medios estén á nuestro alcance. Por eso no podemos menos de lamentar profundamente la pérdida de los restos del Fénix de los ingenios, acaecida en nuestra época, sobre la que pesará, sin duda alguna, una gran culpa literaria, que las futuras edades no podrán menos de señalar. Así acontece en todo país que se precia de ser amante de sus glorias literarias. Debe

querer con entusiasmo la conservación de esos preciosos restos, pues con ellos contribuye á honrarse más todavía un pueblo á sí mismo que á realzar la memoria del personaje á quien glorifica. Jamás deplorará bastante nuestra nación haber dejado extravíar, cual nube deshecha por el viento, un objeto de tan sublime valor.

Es cierto que no existe hoy el sepulcro de Lope; no puede España colocar esos despojos en un panteón que recordase sus celebridades; pero cada español lo lleva en su corazón. No coloca coronas de siemprevivas en una tumba perdida, pero lleva en su mente una imagen eternamente coronada por una centelleante aureola, cuyos destellos iluminan la obscura noche de la ingratitude y el olvido.

Las flores que pudieran ponerse en su tumba se marchitarían con el tiempo; pero las que coloca la humanidad entera tienen eterno aroma, y sus colores jamás palidecen. De su nombre ha

surgido luminoso destello, que alumbrará eternamente las edades. ¡Dichosos los que al desaparecer su sepulcro dejan un eterno recuerdo en todos los corazones!

EL DÍA QUE MURIÓ QUEVEDO (*)



La fecha del 8 de Septiembre será siempre en la literatura española un día de imperecedero recuerdo. Se apagó la llama de una de las preclaras inteligencias que brillaron en la centuria décimoséptima y formaron una de las más espléndidas joyas de la corona patria, que aquellos colosos del arte ciñeron á la frente de España y colocaron su nombre á inmensa altura, é hicieron que fuera saludado con universal respeto.

En el referido día murió en 1645, en Villanueva de los Infan-

tes, aquel insigne poeta madrileño llamado D. Francisco de Quevedo Villegas, cuyo ingenio dejó huellas de tal esplendor, que sus fulgores aparecen con igual intensidad á través de más de dos siglos y medio, que en el momento de brotar de aquella privilegiada inteligencia.

Hijo de D. Pedro Gómez de Quevedo, secretario de la reina doña Ana de Austria y de doña María Santibáñez, vió la luz el 26 del mismo mes de Septiembre de 1580 : recibió educación muy esmerada : aun cuando desde su edad primera pisó los salones de Palacio y respiró el ambiente cortesano, no por eso fué motivo de que desconociera desde muy pronto el mundo y la sociedad en general, en la que se había de inspirar para escribir las obras que le han inmortalizado.

Bien conocidos son los datos biográficos de tan insigne escritor, para repetirlos en este momento, que ni lo consienten los estrechos límites de un artículo, ni mi falta de competencia. Sabi-

do es que estudió y dominó el latín y el griego, hasta el extremo de que sostuvo correspondencia epistolar en el idioma del Lacio, con los primeros ingenios de su época; que era tan versado en el hebreo, que tuvo la honra de ser consultado con frecuencia por el ilustre historiador Mariana; que estudió Teología en Alcalá; que también conoció las Matemáticas, y su cultura alcanzó con gran afición á las ciencias naturales en el rudimentario estado que en su tiempo se encontraban; que en la poesía llegó á la cima del Parnaso, hasta el extremo de que se le llamara el príncipe de los poetas por el gran Lope de Vega, al exclamar en su *Laurel de Apolo* :

«Príncipe de los líricos, que él sólo, pudiera serlo si faltara Apolo»;

que su vida fué muy accidentada, y que á consecuencia de un lance de honor en que mató á su contrario, hubo de emigrar de España pasando á Italia, donde adquirió gran amistad con el Du-

que de Osuna, D. Pedro Girón, y que, después de haber conseguido el indulto, tuvo de nuevo la desgracia, en 1620, de que los asuntos políticos le acarrearán su prisión en la Torre de Juan Abad, donde permaneció tres años, siendo víctima de los mayores sufrimientos.

Que tuvo igualmente el valor de decir la verdad al poderoso, aun cuando le acarrease no pocos disgustos su independencia de criterio y su constante anhelo de ponerse de parte del débil en las contiendas de la vida, y la desgracia se cebó en él de tal suerte, que apenas transcurrieron algunos días en que lució para él el sol espléndido de la tranquilidad, cuando nuevamente las nubes de la pena vinieron á obscurecerlo y á ennegrecer su vida, haciéndole apurar nuevos tragos de aquel inacabable cáliz de amargura. Preso en 7 de Diciembre de 1641 en San Marcos de León, y embargados sus bienes, contrajo en la cárcel terrible enfermedad, que no tuvo

poca parte en acelerar el fin de su existencia.

No es ésta la ocasión de escribir una biografía más del ilustre español á quien tan doctas plumas han, múltiples veces, retratado, y del que se ha ocupado la Historia con todo el detenimiento que merece, llevando hasta el teatro la figura de tan eximio escritor.

Sus obras son bien conocidas: *Los sueños*, *La política de Dios*, *La historia y vida del Gran Ta- caño*, *Casa de locos de amor*, *Pragmática del tiempo*, *El Parnaso español*, la *Colección de sus versos*, y otras varias, pueden señalarse y citarse entre las muchísimas que salieron de su pluma, como modelos dignos de inmortalizar á un autor y citarle entre los que han tenido la dicha de escribir libros eternos, justificando la opinión de Lipsio, que dijo era Quevedo el más grande honor de nuestra nación.

Nuestro objeto, en estos brevísimos renglones, sólo ha sido el recuerdo de una fecha, la evoca-

ción de una efeméride que no debe pasar inadvertida á ningún español.

Pero no terminaremos sin dejar antes consignado que las muchas chocarrerías y bufonadas que le atribuye el vulgo, son inexactas y revelan un desconocimiento completo de su carácter. Su gran cultura se revela por doquier en todas sus obras, aun en aquellas más ligeras y triviales y de carácter burlesco y humorístico, y que no sólo brilló como autor festivo, sino como profundo y eruditísimo escritor, cuyo carácter independiente se revela, entre otras muchas de sus obras, en aquel célebre soneto dedicado al Conde Duque de Olivares, y que demuestra la altivez de quien no se doblega á las injusticias del magnate.

Es, por lo tanto, el 8 de Septiembre un día que debe escribirse con caracteres imborrables en las páginas de la Historia de España, y al que la literatura universal debe igualmente rendir imperecedero culto.

JOVELLANOS (*)



Entre los hombres de Estado que pueden designarse como verdaderas glorias de la España del siglo xviii, figura el ilustre asturiano Gaspar Melchor de Jovellanos, para cuyo juicio ha sonado hace tiempo la hora de que pronuncie su fallo la opinión, ya manifestada con perfecto acuerdo, para adjudicarle el honroso título de estadista eminente, por nadie discutido, el que fué elevado al cargo de ministro y mereció la confianza de los monarcas en un período donde fué necesario poner á difícil prueba el talento de los hombres de gobierno

que tuvieron que afrontar no pocos obstáculos en el elevado puesto que ocuparon.

Su vida, accidentada como la superficie de los mares, ofrece cual éstos las variantes que presenta el Océano, sereno y plácido en unas ocasiones, y encrespado y revuelto en otras, con la rápida mudanza de la ola que en breves instantes se eleva á la altura de la montaña para inmediatamente descender y estrellarse en las rocas. No es nuestro intento escribir su biografía, ya muy conocida y detallada por brillantes plumas en laureados libros. Sólo pretendemos evocar breve recuerdo que brota espontáneamente en el día del aniversario de su natalicio.

La villa de Gijón fué su cuna, el 5 de Enero de 1744, siendo sus padres D. Francisco Gregorio Jovellanos y Carreño y D.^a Francisca Apolinaria Jove Ramírez. D. Gaspar era el cuarto de sus hermanos y fué destinado por su familia á la carrera de la Iglesia, en razón á su bondadoso y dócil

carácter y á sus ideas de obediencia y rectitud. Aleccionado en las primeras letras y en las nociones del latín en su pueblo natal, pasó á la Universidad de Oviedo á realizar los estudios elementales de la segunda enseñanza, ó sea la Filosofía, como entonces se llamaba, donde desde luego se dió á conocer por su talento extraordinario, que empezó por manifestar los graves defectos de que adolecía el método seguido para enseñarle.

Estudió Jurisprudencia en Ávila y Alcalá, en cuya Universidad se graduó de bachiller en Cánones el 24 de Diciembre de 1764, substituyendo poco después en la cátedra de Decretales mayores que desempeñaba en este glorioso centro docente al Dr. Navascués, y en 1766 fué cuando se decidió por seguir la carrera del Foro, dejando decididamente el sacerdocio, para el cual, aun cuando no le faltaba vocación, le llamaban sus aptitudes y su talento á otros campos de la vida pública y en donde si bien le esperaban

los honores y satisfacciones del que desempeña los más elevados puestos de la Administración, tuvo también que apurar á grandes tragos el cáliz de la amargura, porque las satisfacciones de su vida fueron, cual pálidas rosas, erizadas de mil punzantes espinas.

Enumerar los cargos oficiales que desempeñó sería tarea difícil y al mismo tiempo inoportuna de un sucinto artículo, que no tiene siquiera la pretensión de reseña biográfica. Sólo sí puede decirse que era excelente jurisconsulto, economista, historiógrafo, muy versado en antigüedades, en el conocimiento de idiomas y en la literatura clásica. Las obras extranjeras que tratan de Historia general, reconocen en Jovellanos una inteligencia excepcional, y le adjudican el calificativo de uno de los primeros escritores del siglo XVIII.

En 1774 le nombraron oidor de la Audiencia de Sevilla, y en 1778 fué ascendido al honorífico cargo de alcalde de Casa y Corte.

Abriéronle sus puertas las principales Academias, ocupando en la Española el mismo puesto que hoy tan dignamente desempeña el Sr. D. Alejandro Pidal y Mon; dirigió la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, dándola la significación é importancia que merecía; fué orador de valía y tuvo siempre respetos al adversario é imparcialidad y rectitud en sus actos, lo mismo cuando desempeñaba el cargo de magistrado, que desde el elevado puesto de ministro de Gracia y Justicia, en el cual su valor y energía en el perfecto cumplimiento de sus deberes fueron el origen de la serie inacabable de disgustos que experimentó, con destierros y persecuciones.

Escribió para el teatro, aunque muy poco, lo suficiente para que su comedia *El delincuente honrado* mereciera los honores del aplauso público; así como en la traducción de una tragedia. En 1780 publicó una colección de poesías líricas con el título de *Ocios juveniles*, para pasar des-

pués á escribir obras serias y de gran transcendencia social, como la *Memoria sobre el establecimiento de los Montes de Piedad*, publicada en Madrid en 1784; *Reflexiones sobre la legislación española*, en 1785; *Carta dirigida á Campomanes sobre el proyecto de un Tesoro público*, en 1786; *Memorias políticas*, Madrid, 1811, y sobre todo la que le dió más fama y gran renombre, por lo cual merece todos los honores de la Historia, que es el *Informe sobre la Ley Agraria*, publicado en 1793. Tradujo del francés, acompañadas de multitud de notas, varias Memorias políticas, en las que hace reflexiones originales de grandísimo interés.

En su retiro dedicóse también al estudio de la Botánica y escribió algo sobre esta ciencia, de la que fué entusiasta admirador y protector, por cuyo motivo los sabios botánicos de aquella época, Ruiz y Pavón, le dedicaron un género de plantas. Creía hallar, sin duda, en los vegetales las

bondades que no encontró al estudiar á los hombres.

Jovellanos murió la noche del 27 de Noviembre de 1811, en Puerto de Vega, á los sesenta y seis años de edad.

Ni aun en el retiro á que se había recluido en su ancianidad le respetaron las tempestades de la política, donde si bien es cierto que una enfermedad puso fin á sus días, tal vez con piadosa benevolencia, dando término á sus padecimientos morales, es lo cierto que antes que fulminante pulmonía, que según consigna la Historia fué la dolencia que extinguió su vida, seguramente más agudas, más traidoras, más crueles y más implacables fueron la ingratitud y la perfidia que en él se cebaron. La posteridad, sin embargo, le ha hecho la debida justicia elevándole al templo de los inmortales de la patria y dándole el puesto que le corresponde entre las glorias nacionales.

DON RAMÓN DE LA CRUZ



. Hace bastante tiempo se lanzó á la publicidad la idea de perpetuar la memoria de este ingenio con una estatua que recordase la existencia del hombre modesto, laborioso y honrado, al propio tiempo que de no vulgar inteligencia y de conocimientos especiales como escritor satírico y popular. Bien merece ser enaltecido, y es dignamente acreedor á esa distinción el que, sin aspiraciones por su parte á la celebridad y renombre, lo alcanza y conserva, otorgado por el más inapelable y aun pudiera decirse menos parcial de los jueces, cual es la opinión de la posteridad,

libre de las asechanzas de la envidia, como el matinal ambiente bañado por los primeros tibios rayos del astro del día, que hace desaparecer los recuerdos y penumbras de la obscura noche.

La circunstancia de haber sido siempre el que esto escribe humilde admirador de sus obras, y la de tener alguna afinidad de familia, pues los ascendientes maternos de D. Ramón de la Cruz llevaron el apellido con que se honra el autor de estas líneas, y vieron la luz en el país donde nació mi inolvidable padre, ha sido uno de los motivos de consignar un recuerdo al que tanto ha deleitado con su ingenio á varias generaciones, y que, cual esas plantas cuyo verdor jamás se extingue, pasan por sus producciones los años sin lograr envejecerlas ni arrinconarlas, ni que caiga sobre ellas el sudario del olvido ó la glacial indiferencia de la muerte.

Se sabe que D. Ramón Francisco de la Cruz Cano y Olmedilla nació en Madrid en la cir-

cunscripción perteneciente á la parroquia de San Sebastián, el día 28 de Marzo de 1731, y que fué hijo de D. Raimundo de la Cruz, natural de la villa de Canfranc, y de D.^a Rosa Cano y Olmedilla, natural de Gascueña, provincia de Cuenca; que fué conocido entre los Arcades de Roma con el nombre de Larisio Dianeó; protegido de los Condes de Benavente, y que escribió más de doscientos sainetes, habiendo también alguna vez, aunque no muy frecuente, consagrado su pluma á la comedia y al drama lírico, en cuya última especialidad no sobresalió, y que tuvo un hijo militar que se halló en la batalla de Bailén.

Sus biógrafos consignan que se dedicó primeramente al estudio del Derecho, donde alcanzó el título de abogado, si bien es cierto que su vocación no era la del letrado que informa á los Tribunales acerca de las arduas cuestiones de la vida social, sino la del escritor de costumbres; por lo cual abandonó el foro por el tea-

tro, como elemento propio en que pudiera satisfacer sus aptitudes y deseos. Murió el día 4 de Noviembre de 1795, pobremente, cual fué su existencia, rodeada de no pocas amarguras, aun cuando disfrutando la satisfacción del aprecio de sus contemporáneos.

Su vida fué, en efecto, rudamente combatida por la suerte, con la que tuvo que sostener largos y empeñados combates. De corazón magnánimo, compartía con el menesteroso sus escasos haberes y el producto de su laboriosidad no interrumpida. Sencillo en sus costumbres y modesto por naturaleza, nunca le desvaneció el ruido del aplauso, aunque tuvo la dicha de escucharlo durante gran período de su vida, dedicada casi por completo á presentar en el teatro una parte no escasa de la sociedad en que vivió, la cual, al verse pintada en los tipos dados á conocer por el poeta, le celebraba y enaltecía, escuchando sus relatos y presenciando sus hechos.

Apenas existen más datos biográficos relativos á este escritor, lo cual muestra que era algún tanto retraído y poco afecto á la exhibición y trato públicos (1). Gustaba extraordinariamente del incógnito, para investigar á sus anchas todos los detalles de la vida del pueblo, que su talento observador recogía con cuidado y después su fecunda imaginación abrillantaba, cual entendido lapidario que toma los minerales de la roca y en su taller les da forma y belleza para que aparezcan con todo su esplendor y puedan apreciarse sus interesantes detalles y su artística hermosura.

El nombre de este autor ha quedado indeleblemente impreso como una celebridad en su género. Dentro de la modesta esfera de sus breves composiciones, no ha podido señalarse más una ori-

(1) Bastantes años después que salió á luz este artículo, se publicó extenso estudio, que forma un libro, acerca de D. Ramón de la Cruz, por D. Emilio Cotarelo y Mori.

ginalidad tan espontánea y un estilo tan característico y propio. Eso explica lo que sus obras prevalecen y que no hayan sido obscurecidas ni olvidadas aun á través del inmenso cúmulo de producciones que han invadido nuestro teatro después de la muerte de su autor, que fué un astro con luz propia y no prestada, por lo cual empieza la posteridad á rendirle un tributo de aprecio que niega á muchos cuyos contemporáneos aplaudieron. Sintetizó de tal suerte toda una época, que su figura se destaca con mágicos relieves del cuadro histórico de su tiempo, como el astro luminoso en medio de las tinieblas de la noche. Heredó de Cañizares la facilidad para el diálogo, y sin que se le pueda calificar de elegante, fué, sin embargo, observador habilísimo para retratar la sociedad en que vivió y presentarla á las generaciones futuras con todos sus defectos y todas sus grandes cualidades.

Acudía muchas veces á los sitios donde tenían lugar las ex-

pansiones populares para conocer los personajes que había de llevar á la escena; pero esto no fué jamás motivo á que su educación y modales dejaran de ser distinguidos, pues aunque llamó su atención la vida de las clases humildes, no descendió de la dignidad que su instrucción y cultura reclamaban, sabiendo mantenerse á la prudente distancia del observador, sin llegar á identificarse con los protagonistas de las escenas que trataba de conocer.

Su musa se inspiraba en las escenas populares, que retrataba en sus obras con sin igual propiedad. Aquellos pendencieros manolos, las atrevidas majas, los desnudos pequeñuelos, el ridículo petimetre, el terrorífico casero á cuyo solo nombre se ocultaban en sus cuevas los procaces habitantes, todo revelaba al perfecto narrador de costumbres populares, de tal suerte, que al ver sus obras en el teatro parece que nos trasladamos íntegramente á los sitios en donde tenían lugar las

escenas que representan, pues su fidelidad, frescura, donaire, gracejo, intención y agudeza son perfectos, cual nacidos en la fuente de inspiración más pura, que es la misma Naturaleza.

El género en que D. Ramón de la Cruz brilló como autor dramático es, aunque sencillo en apariencia, sumamente difícil. Prueba de ello que pocos han rayado á igual altura, consiguiendo que sus obras sobrevivan á la generación que las vió nacer, y que se continúen oyendo los aplausos más de un siglo después de haber sido escritas, cual acontece con el insigne autor de que nos ocupamos, cuya originalidad y *vis cómica* son características al trasladar al teatro las escenas de los barrios humildes del pueblo de Madrid, en donde si bien es cierto que hay mucho que censurar, no es menos exacto que también existe una masa de trabajadores virtuosos y honrados, cuya vida es digna de aprecio y consideración, por lo mismo que se halla llena de privaciones, en un cen-

tro en donde tanto reina el lujo y el placer, y en cuyo derredor viven á solas con su miseria.

Lejos de nosotros la idea de convertirnos en apologistas de las formas rudas é incultas del pueblo que no ha recibido educación y se halla falto asimismo de todo rudimento instructivo que tanto enaltece á las clases ilustradas. Pero las obras de este ingenio presentan esos defectos al desnudo para excitar la hilaridad, al propio tiempo que los señala de una manera perfecta, sin faltar en lo más mínimo á las consideraciones que se merece un auditorio culto y severo, ni deslizarse tampoco por las resbaladizas pendientes de una escuela más ó menos semejante á la que hoy se conoce con el nombre de naturalista en el arte.

La enumeración de sus obras fatigaría al lector y no conduciría tampoco á nada práctico ni que contribuyera á dar una idea más exacta de la persona de que nos ocupamos. Diremos, sí, que forman extenso repertorio donde se

pintan las costumbres populares y se puede considerar siempre al escritor original de estilo propio y característico, lleno de ingenio espontaneidad, sátira, propiedad, donaire y entusiasmo patrio; todo lo cual bastaría á que desapareciesen los lunares que forzosamente han de existir en obras escritas sin objeto de ser sometidas al análisis literario. Sirvan como ejemplo entre el inmenso número, *La Casa de Tócame Roque*, *La Boda del Tío Carcoma*, *El Café de Máscaras*, *El Petimetre*, *Las Tertulias de Madrid*, *El Buñuelo*, *El Sarao*, *La Comedia de Maravillas*, *Las Castañas picadas*, *El Calderero y vecindad*, *La Venganza del Zurdillo*, *Manolo*, *El Prado por la noche*, *La Pradera de San Isidro*, *El Rastro por la mañana*, *La Presumida burlada*, y otras muchísimas más. De todos se han hecho separadamente y en colección diversas ediciones, algunas de las cuales merecen considerarse como bien acabados trabajos tipográficos y notables obras

artísticas en sus ilustraciones, inspiradas en los notables tipos de las obras que acompañan.

No es oportuna la ocasión presente para detenerse en un examen de todas sus producciones literarias. Baste decir que, aun cuando la crítica pueda señalar algunos defectos, nunca podrá negarse á su autor laboriosidad ejemplar, al propio tiempo que gran entusiasmo por el pueblo en que nació, sin incurrir jamás en el defecto de ser adulador ni panegirista por sistema; antes al contrario, poniendo de relieve sus faltas para corregirlas con la sátira, convirtiéndose en el cariñoso maestro que reprende sin mortificar y señala el buen camino para ir en pos de la felicidad y ventura. La luz de sus obras es bastante viva para que pueda distinguirse en el inmenso horizonte de la literatura, y su mérito está reconocido y aquilatado ha mucho tiempo en la opinión.

Acaso se observa en el conjunto de sus obras repetidos los personajes y alguna semejanza en la

acción, pero no constituye motivo para empañar su mérito ni amenguar en lo más mínimo el prestigio adquirido con su nombre en una especialidad literaria que ha marcado con un sello tan original como no han podido alcanzar sus imitadores. La unidad de tiempo, el interés dramático, el chiste chulo que brotaba espontáneamente de su ingenio cual las gotas de azucarado néctar en el cáliz de las flores, podrán encontrarse siempre en esas obras de corta extensión y escritas generalmente sin otras pretensiones que las de proporcionar unos momentos de solaz á un público cuya inteligencia y sentimiento han estado algunas horas antes preocupados con la representación de una obra seria.

La dificultad de alcanzar semejante perfección en un género de literatura á primera vista ligero y sin grande importancia, lo prueba el que pocos han llegado á conseguir para sus obras una vida tan larga y lozana cual el célebre sainetero madrileño, sin

embargo de haber tenido gran número de imitadores, y formado escuela donde tan escasos nombres pueden citarse que hayan sido dignos de que se detenga la crítica en sus producciones.

No hablemos del género bufo, tan en boga en Francia hace bastantes años é importado á nuestro país, donde la novedad fué motivo de que se recibiera con aplauso momentáneo. Su breve existencia nos indica la gran distancia que hay entre el chiste ingenioso y agudo que no muere, y la chocarrería que distrae un instante para ser después olvidada y desaparecer por completo.

Las obras de D. Ramón de la Cruz tienen marcado carácter de localidad madrileña, que las distingue y señala de un modo perfecto entre todas las de su índole. Por eso serán siempre un modelo para escribir la historia del pueblo, exenta de exágeraciones en sentido alguno que tienda á desvirtuar la exactitud de los hechos. Sin que su importancia literaria sea de las de primer or-

den, es suficiente, sin embargo, para que se tribute un homenaje honroso á su memoria; pues todo pueblo debe ser entusiasta de sus glorias, avaro de retenerlas y deseoso de perpetuarlas, para que alcance á su vez la consideración y el respeto universales. Así es que la población de Madrid podría, pues, contar con un monumento más que recordase uno de sus ilustres hijos, que la posteridad ha escrito en sus anales como justo tributo á quien supo por su talento adquirir inolvidable renombre.

La modestia debe ser enaltecida y buscada en la obscuridad en que se alberga, de igual modo que se investiga con avidez la oculta perla que se esconde en lo más profundo de los mares, como si su mayor deseo y su aspiración última fueran tan sólo el olvido de las gentes y el universal y absoluto silencio (1).

(1) Este artículo fué publicado en *La Ilustración Española y Americana* el 22 de Septiembre de 1886.

Después, el Ayuntamiento de Ma-

Madrid, en 1900, ha colocado una lápida conmemorativa en la casa en que murió D. Ramón, calle de D. Nicolás María Rivero (antes Cedaceros), núm. 1, que dice lo siguiente :

« En esta casa murió, en 5 de Marzo de 1794, D. Ramón de la Cruz, el más fecundo de los poetas dramáticos del siglo XVIII, maestro en la pintura de costumbres populares.—La villa de Madrid dedica á su preclaro hijo este recuerdo. »

Como curiosidad histórica insertamos la siguiente

COPIA DE LA PARTIDA DE BAUTISMO DE D. RAMÓN DE LA CRUZ CANO Y OLMEDILLA, LLAMADO ENTRE LOS ARCADES DE ROMA LARISIO DIANELO. (*Publicada ya en otras obras, de las que se ha tomado, como la citada del Sr. Cotarelo.*)

« En la iglesia parroquial de San Sebastián, de esta villa de Madrid, en dos días de Abril de 1731 años, yo el Reverendo Padre Fr. Francisco Cano y Olmedilla, del Orden de Predicadores, con licencia del señor Cura de esta dicha iglesia, bauticé á Ramón Francisco Ignacio, que nació en 28 de Marzo de dicho año, hijo de D. Raimundo de la Cruz, natural de la villa de Canfranc, Obispado de Jaca, y de Doña Rosa Cano y Olmedilla, su mujer, natural de la villa de Gascueña, Obispado de Cuenca, que viven calle del Prado. Fué su madrina Doña Teresa Cano y Olmedilla, su tía, y lo firmé.—FR. FRANCISCO CANO Y OLMEDILLA. »

EL CENTENARIO DE SAMANIEGO (*)



Hay fechas determinadas que no deben pasar jamás indiferentes en la vida de las colectividades, por grandes y múltiples que sean los motivos que las distraigan y preocupen, para fijar su atención en el pasado y rendir un tributo á la memoria de quien, por su talento y sus obras, supo elevarse del nivel de la generalidad y dejar en pos de sí un recuerdo imperecedero y una huella inextinguible de gloria (1).

(1) Artículo publicado el 11 de Agosto de 1901.

Tal acontece con el 11 de Agosto, en que se cumple una centuria que dejó de existir en el pueblo de Laguardia, provincia de Logroño, el insigne escritor español D. Félix María Samaniego, cuyas sencillas fábulas no sólo fueron las delicias de la infancia, sino que constituyeron los primeros albores de la instrucción literaria de varias generaciones, que no deben en modo alguno olvidarse ante su grata memoria.

Nacido Samaniego en la población indicada el 12 de Octubre de 1745, de padres que tenían posición desahogada, estudió en la Universidad de Valladolid parte de la carrera de Derecho, denominada entonces Facultad de Jurisprudencia (que sólo cursó dos años), viajando después por Francia, donde adquirió gran ilustración, pasando luego á Vergara, y allí fué uno de los socios de número más activos en la Sociedad Vascongada, que fundaron en 1767 el Conde de Peñaflorida y el Marqués de Narros, de cuyos personajes era pariente.

Contrajo matrimonio en Bilbao con D.^a Manuela Salcedo, y residió algunos años en esta población. Fué, no sólo socio de número, sino Presidente del Seminario de Vergara, en cuyo pueblo escribió las *Fábulas en verso castellano*, que le dieron tanta celebridad, mereciendo aceptación extraordinaria, y es sin duda alguna á lo que ha debido sea pronunciado su nombre en todas partes con el respeto que ha conquistado un autor aplaudido, cuyos apólogos han servido de provechosa lectura á muchas generaciones; de tal suerte, que constituye el relato de dichas fábulas un grato recuerdo de la infancia. Por lo tanto, se han hecho numerosas ediciones, en su inmensa mayoría económicas, existiendo algunas lujosas y de gran mérito artístico.

Y ciertamente, al evocar en el día de hoy tan grato recuerdo, debe ser motivo de regocijo, cuando volviendo la vista á los ya muy lejanos días de la infancia, vemos en esos apólogos que rebo-

san sencillez y candor, un mundo de ideas al examinarlos con la clara luz de la madura reflexión, de tal suerte que su mérito no ha podido extinguirse con el transcurso de los años, y pueden vivir como inmarchitas flores que jamás pierden su lozanía y frescura, sirviendo de base á la educación literaria de diferentes generaciones.

Las grandes dificultades de que está erizado el género de literatura denominado *fábula*, son bien conocidas. Composición que en espacio muy limitado ha de sintetizar grandes ideas en atractiva y amena forma, con gran sencillez, sin degenerar en lo chabacano y vulgar, no está al alcance de todas las inteligencias, por más que parezca tarea baladí y hasta desdeñada por muchos, á quienes no satisface escribir para un público en su mayoría infantil y de instrucción escasa. Y el primer fabulista español fué sin duda alguna Samaniego, á quien no puede escatimarse la gloria de haber iniciado esta indole de tra-

bajos, pues apenas tuvo modelos que seguir en los poetas castellanos.

Esas sencillas composiciones poéticas, donde suelen ser interlocutores los animales, están rodeadas de un simpático ambiente de frescura, sencillez, candor é ingenuidad, que puede decirse que es la misma Naturaleza, con sus inimitables encantos, el maestro, y se ve en todas ellas que dentro de la modestia más ingenua se encierran raudales de ideas que sería muy difícil expresar en prosa con el breve número de palabras expuestas en aquellas líneas, destinadas á grabarse indeleblemente, no sólo en la infantil memoria de los lectores á quienes se destinan, sino que han de ser en lo futuro grato recuerdo de provechosas sentencias.

Todo lo cual ha motivado con fundamento que los franceses le hayan adjudicado el honroso sobrenombre del «Lafontaine español», pues se pueden observar en sus composiciones toda la profundidad de conceptos, síntesis de

ideas, sencillez en la exposición, exactitud y oportunidad en las comparaciones que poseía el ilustre fabulista francés, aun cuando haya que señalar en nuestro compatriota algunos defectos en la versificación, siempre disculpables si se atiende á que se dirigía á las clases populares y á la niñez y cuyo principal objeto era armonizar la instrucción con el deleite.

Le vemos identificarse con la Naturaleza, abstraerse por completo y sintetizar con su superior ingenio las más sencillas costumbres, y los rasgos instintivos de aquellos seres donde no pueden existir los odios y rencores sociales, para traducirlos en sentencias que abarcan profundas máximas, como el diminuto germen encerrado en microscópica semilla contiene la miniatura del árbol corpulento que ha de protegernos con su sombra, aromatizar el ambiente con sus flores y alimentarnos con sus frutos.

Inspirado en muchos casos en los grandes fabulistas, Esopo, Fedro y Lafontaine, así como tam-

bién en el fabulista inglés Gay, tiene, sin embargo, indiscutible originalidad en muchas de sus composiciones, que pueden figurar dignamente al lado de las de aquellos grandes maestros.

Fué en determinada época gran amigo y admirador de su contemporáneo, el ilustre escritor y también fabulista meritísimo, D. Tomás de Iriarte, como lo prueba Samaniego en la fábula titulada *El Águila y el Cuervo*, que le dedica, y dice :

«En mis versos, Iriarte,
ya no quiero más arte
que poner á los tuyos por modelo.
A competir anhelo
con tu numen, que el sabio mundo
[admira,
si me prestas tu lira,
aquella en que tocaron dulcemente
música y poesía juntamente.
Eso no puede ser : ordena Apolo
que digno sólo tú, la pulses solo».

Más tarde, sin embargo, ese entusiasmo y admiración se tornó en encono, pues aquella pluma que ensalzó el talento de Iriarte, fué la misma que escribió un fo-

lletto titulado *Observaciones sobre las fábulas literarias*, donde le trata con extremada dureza, y otros varios opúsculos encaminados al mismo fin.

También publicó en 1786 algunas consideraciones contra el género que cultivaba en el teatro D. Ramón de la Cruz, y protestaba de los aplausos que se tribuaban á los personajes de aquellos sainetes, donde salían á escena majos, truhanes y gentes de malas costumbres, dignas solamente de menosprecio.

Samaniegó no fué solamente poeta; tuvo gran afición á la música, y se cita su gusto artístico en este concepto, pues tocaba con regular perfección el violín y la guitarra.

Murió en Laguardia el día 11 de Agosto de 1801, y esta fecha, como dijimos al comenzar las presentes líneas, debe ser, por todos conceptos, imborrable de la memoria de todo español que sienta algún entusiasmo por la literatura patria.

MARIANO JOSÉ DE LARRA

(FIGARO) (*)



No por haber transcurrido más de sesenta y cinco años en que violenta y prematuramente acabó la existencia del gran crítico literario con cuyo nombre se encabeza estos renglones, hanse borrado sus recuerdos ni extinguido-se el esplendor de su gloria. Son ya escasísimos los que viven de sus contemporáneos; pero las generaciones posteriores han podido apreciar sus obras y hacer justicia á su mérito, contribuyendo con unánime parecer á escribir su nombre con caracteres imborrables en el templo de la fama.

Dos han sido los motivos que nos recuerdan en estos momentos á *Figaro*, tantas veces enaltecido por sus biógrafos y mencionado por la crítica literaria. Es el uno la fecha del 24 de Marzo, en cuyo día nació Larra en Madrid, en 1809, y es el otro la plausible idea iniciada por la Sociedad de Escritores, y en especial por el gran poeta que la preside, gloria de nuestra nación, de recoger los preciosos restos del que apenas pasó por el mundo y saboreó muchas más amarguras y desencuentros que placeres, y pudo, sin embargo, aun después de malograrse acabando su vida á los veintiocho años, llegar á la inmortalidad, á fin de que en unión de otras celebridades constituyan el panteón de españoles ilustres, que nuestra patria debe apresurarse á erigir y conservar cual preciado tesoro (1).

(1) Este pensamiento fué ya realizado, debido á la iniciativa y energía del gran poeta Núñez de Arce, desgraciadamente perdido en el año 1903, el cual descansa en el mismo panteón.

Comenzó su vida el rey de nuestros críticos, como le ha llamado un escritor contemporáneo, dando pruebas, en sus años infantiles, de una precocidad extraordinaria, aprendiendo cuanto leía y reteniendo en su fidelísima memoria cuanto estudiaba. Hijo de un médico muy distinguido é ilustrado, supo inculcar á su hijo la afición al estudio, que tanto prosperó en él, que odiaba toda clase de juegos, y era más aficionado á la soledad y el aislamiento, que al bullicio propio de sus años, siendo los libros lo único que constituía su entretenimiento favorito y su placer más grato. Como consecuencia de un viaje á Francia en edad temprana y la permanencia en la misma durante cinco años en un colegio, llegó á familiarizarse con el idioma francés, hasta el extremo de hablarle con igual facilidad que la lengua propia.

Tras'ada lo después á Madrid, y educado en la Escuela Pía de San Antonio Abad, se perfeccionó en su idioma patrio y estudió Litera-

tura latina, recibiendo una completa educación clásica. Dice uno de sus biógrafos, que al contemplar á aquel niño de aspecto y costumbres de viejo, nadie podía creer que en él se albergaba el futuro escritor satírico, cuya tajante pluma había de hacer cruda é implacable guerra á todos los vicios sociales.

Sus primeros trabajos como publicista, fueron la traducción del francés al castellano de la *Iliada* de Homero y el *Mentor de la juventud*, que realizó siendo todavía un niño. Más tarde aprendió italiano é inglés, matemáticas y griego, y pasó á la Universidad de Valladolid, donde hizo algunos estudios de Derecho, cuya carrera no terminó.

Á partir de entonces, su carácter se hizo todavía más triste y reflexivo, y dió muestras desde luego de un talento de primer orden que no se avenía con otro género de ocupaciones que las de escritor público, aun á riesgo de abandonar otras más prácticas y lucrativas.

En 1832 empezó á publicar un periódico titulado *El Pobrecito Hablador*, del que sólo salieron pocos números, donde zahirió despiadadamente y censuró muchos abusos, lo que le valió no pocos disgustos y la supresión del periódico, que tuvo lugar en Marzo de 1833.

Después de la muerte de Fernando VII suavizóse algo la censura, y entonces el genio de Larra adquirió un vuelo vigoroso y brillante, transformándose de tosca crisálida en multicolor mariposa, dando muestras cada vez más frecuentes de su ingenio, que se manifestaba exuberante en cuantas ocasiones se le ofrecían.

Llamado á contribuir con el vigor de su pluma en el periódico que acababa de fundar entonces Carnerero, con el título de *Revista Española*, brotaron de su ingenio cuartillas con profusión inmensa, sin darse punto de reposo, encontrando en cuanto le rodeaba, lo mismo en la política que en la literatura, motivos para

esgrimir su sátira; pero sin que dictara jamás sus juicios la pasión ó el espíritu de partido, guardando la respetuosa y conveniente distancia entre la sátira y la diatriba; por lo cual, su reputación iba creciendo y aumentando incessantemente su fama, que se fundaba en las simpatías inspiradas por un escritor que reunía las no comunes dotes de ilustración, sagacidad, buen juicio, y al mismo tiempo una franqueza, valentía y arrojo que no eran frecuentes entonces, ni lo han sido en tiempo alguno.

Fué redactor en 1835 del periódico *El Observador*, que tenía en aquella época numeroso público. Escribió la novela titulada *El doncel de D. Enrique el Dolierte* y el drama original *Macías*; arregló al español las obras *El arte de conspirar* y *El desafío ó dos horas de favor*, en todas las cuales hizo el mismo derroche de ingenio y demostró la fuerza de su imaginación y las galas de su fantasía.

Era siempre el escritor de re-

.....
cursos, el amante de la verdad, y deseoso, sobre todo, de romper con las trabas del clasicismo, que, en su concepto, impedían que la imaginación volase á sus anchas por los espacios y malograban los sazonados frutos del genio, agostando á veces raudales inmensos de inspiración.

Vemos siempre á Larra dotado de originalidad y de todos los caracteres inherentes á un talento superior, que se eleva muchos grados por cima del nivel de las medianías, lo mismo en sus celebradas obras, que en los defectos que le ha señalado la crítica, en sus amistades modelo, en las simpáticas y juveniles calaveradas que se dice realizó en unión del gran Espronceda, su amigo del alma; en sus preocupaciones como la que él refiere, de su horror invencible al número 24, por lo mismo que fué el día en que nació: todo ello hace que se le deba considerar como un autor de condiciones especialísimas, que se ha hecho acreedor á la estimación de la Historia y que la Patria debe

inscribirle en el número de sus hijos predilectos.

La misma exaltación y exuberancia de su genio lleváronle acaso al terrible extremo de poner fin á sus días en la triste fecha del 13 de Febrero de 1837. Los primeros poetas del Parnaso español tejieron en ya lejana fecha, con las aromáticas flores de su peregrino ingenio, las mejores coronas que han podido adornar un sepulcro (1), y la crónica ha conservado su nombre imperecedero á través de los años, signo el más seguro de su mérito.

Recordemos en la fecha de su nacimiento el nombre de ese español ilustre, que por derecho propio ocupa un puesto en el panteón destinado á las celebridades del talento.

(1) Sabido es que el gran poeta Zorrilla se dió á conocer, leyendo una preciosa composición, ante la tumba de Larra.

DON JUAN NICASIO GALLEGO (*)

Bien merece este ilustre escritor, que tantos días de gloria proporcionó á las letras patrias, y cuyo nombre ha quedado escrito con imborrables letras en los anales de la literatura española, que se consagre á su memoria un nuevo saludo, al llegar la fecha del 15 de Diciembre, que fué el día que vió la luz por vez primera en Zamora, en el año de 1777.

Poeta distinguidísimo, hizo en la referida ciudad sus primeros estudios con un excelente humanista, el profesor Peláez, pasando á Salamanca, donde siguió las carreras de Filosofía y Derecho

civil y canónico, que terminó en el año 1800.

Sus poetas predilectos fueron Horacio y Virgilio, muchas de cuyas composiciones recitaba de memoria, pues le subyugaban las ideas de aquellos grandes maestros, en cuyas obras hay siempre nuevos horizontes de belleza que admirar y á quienes hay que rendir el tributo de consideración que se ofrece á los titanes de la inteligencia.

Recibió las sagradas órdenes hacia 1805 y fué nombrado director espiritual de los pajes del Rey, cuyo cargo desempeñó hasta la invasión francesa.

Dotado de fantástica imaginación y con verdaderos alientos de poeta, dedicóse á la lectura de los clásicos y de todos los buenos escritores, con el ardor propio de la edad juvenil, que veía tan sólo risueñas y doradas ilusiones en torno suyo, engrandecidas y halagadas por aquellos versos sublimes del sin igual cantor de las bellezas pastoriles, Meléndez Valdés, ó del gran Cienfuegos, y

del no menos estimado Iglesias.

Parecen escucharse los ecos de la lira de Quintana cuando se leen algunas de las composiciones de Gallego, pues se refleja en ellas la energía, el sentimiento, la profundidad, el valor, la abnegación y la grandeza que supo imprimir á sus cantos el inmortal autor de tantas obras, que vivirán eternamente en el Parnaso español como indiscutibles glorias de la poesía española.

Dióse á conocer Gallego con algunas ligeras composiciones poéticas sueltas, que publicaron los periódicos de su tiempo en cuanto los accidentes de su vida, nada tranquila, le permitieron dedicarse á estos trabajos con todo el interés que su entusiasmo por la poesía reclamaba. La oda á la defensa de Buenos Aires, publicada en 1807, fué lo que rompió el hielo que separaba del público al desconocido y humilde escritor, del celebrado y aplaudido poeta, creándole un nombre que le alzaba desde el nivel ignorado donde se ciernen las media-

nias, á las cumbres del Parnaso, por todos enaltecido.

Se confirmó este juicio cuando vió la luz pública su valiente composición *Al Dos de Mayo*, de todos conocida y repetidos sus magníficos versos cuantas veces se conmemora aquella gloriosa fecha de la historia de la Independencia patria, pues bastará ella sola para formar la reputación de un gran poeta y hacerle figurar al frente de los que elevan su inspiración á los más altos vuelos del arte y de los ingenios de mayor valía, entre los privilegiados que merecen libar entre las cristalinas aguas de la fuente de Castalia.

De igual modo, son pruebas fehacientes de la gran reputación que tuvo la elegía en tercetos, escrita con motivo de la muerte de D.^a Isabel de Braganza, y los muchos trabajos de crítica literaria que publicó en algunos de los principales periódicos de su tiempo, que merecieron el general aplauso y fueron leídos con gran avidez.

La claridad de su talento, unida á su gran experiencia del mundo y no escasa cosecha de desengaños, le hacían prorrumpir muchas veces en agudísimos chistes y epigramas punzantes, que aun cuando jamás lastimaban á nadie, derramaban torrentes inacabables de ingenio, que no podrán ser olvidados por quienes los escucharon, y donde resaltaba siempre la verdad de sus juicios, aun cuando no fuera grata para quien era objeto de la crítica.

Bien conocido es, por haber pasado al dominio vulgar, entre otros, el hecho que se refiere de haberle presentado un novel poeta dos sonetos, preguntándole cuál sería mejor, y después de haberle oído leer el primero, le dijo D. Juan Nicasio lo siguiente: «El otro es mejor de seguro». Asombrado el autor de que calificase de mejor la no leída ni conocida obra, le contestó Gallego: «Sí, es mejor, porque de seguro no puede ser peor que el que usted acaba de leerme».

Pero Gallego experimentó no

pocas amarguras en el transcurso de su vida. Con motivo de los sucesos políticos, fué preso en el año 1814 en Murcia y conducido á Madrid y más tarde á la Cartuja de Jerez y al convento de Loreto, en las cercanías de Sevilla, donde escribió la elegía á la muerte del Duque de Fernandina, cuya composición tiene su mayor estima en la exactitud con que retrata la desesperación de una madre angustiadísima que pierde á su hijo adorado.

Diputado de las Cortes de Cádiz, tuvo precisión de emigrar á Francia en 1824, de donde regresó mediante la amnistia otorgada con motivo del matrimonio del rey Fernando VII con D.^a María Cristina, y obtuvo entonces una canongia en Sevilla, en cuya población residió durante algún tiempo. Trasladado á Madrid en 1833, fué senador del Reino, académico y presidente de la de Bellas Artes de San Fernando y secretario perpetuo de la Real Academia Española, en cuya ilustre Corporación prestó los importan-

tes servicios que de su gran nombre literario podía esperarse.

Redactó, en unión de Quintana, con quien siempre tuvo afectuosa amistad, un meditado plan de estudios y fué director de este ramo, en cuyo cargo, como en el de censor de teatros, que también desempeñó, dejó señaladas huellas de su poderosa inteligencia y singulares aptitudes.

Gallego murió en Madrid el 9 de Enero de 1853 á consecuencia de una caída. Su nombre es de los que por derecho propio se consignan en el templo de la Fama, y, por tanto, no deben pasar desapercibidas ante la pública opinión fechas como las de hoy (1), que recuerdan el primer suspiro de una gloria nacional.

(1) 15 de Diciembre.

CALVO ASENSIO (*)

He aquí uno de los nombres que el oleaje de la vida política en su mayor movimiento puso más de relieve en los comienzos de la segunda mitad del siglo último, constituyendo un activo é incansable propagandista de las ideas de progreso, en el periódico, en el Parlamento, en el libro, en el folleto, en los Tribunales del Jurado, en las corporaciones populares, en todos los terrenos en que había, en fin, precisión de poner á prueba, con la palabra ó con la pluma, la energía y la actividad, el entusiasmo y la

convicción por una causa á la que sacrificaba todo y á la que con placer entregaba cuanto podía existir de mayor aprecio para la vida y la tranquilidad.

Todavía recuerdo una hermosa tarde de fines del mes de Septiembre de 1863, en que inmensa muchedumbre, donde estaban representadas todas las c'ases sociales, marchaba silenciosa en imponente y solemne manifestación, que representaba casi Madrid entero, detrás de un féretro sobre el cual se ostentaban la muceta y la borla moradas, que forman las insignias de doctor en Farmacia, cuyo entierro, partiendo de la iglesia de San Luis, en que estaba depositado el cadáver de un ilustre hombre público, se dirigía al cementerio de San Isidro, donde se guardan todavía sus restos. Los alrededores de la necrópolis veíanse poblados de gran gentío que, á no ser por el triste motivo que causaba aquel concurso, venía á la memoria, por el número, el recuerdo de lo que en aquellos mismos sitios, al

mediar el mes de Mayo, y en plena estación de las flores, se celebraba en honor al Santo Patrón de Madrid, sólo que no era una fiesta, sino un acto triste lo que en esos lugares se realizaba.

¿Qué motivaba aquella gran muestra de duelo general? Era que se iba á dar tierra á un político de grandes simpatías, por lo mismo que representaba ideas de mucho atractivo en el pueblo, á Calvo Asensio, cuya muerte había sido tanto más sentida, cuanto que no habiendo ejercido el poder, no llevaba en pos de sí los odios que acarrea el mando, ni había tenido ocasión de defraudar esperanzas, ni tampoco de ver fracasados planes ni programas de gobierno, ni contaba descontentos de actos que no podía haber realizado.

Vió la luz primera D. Pedro Calvo Asensio, el 31 de Enero de 1821, en la Mota del Marqués, de la provincia de Valladolid, en cuya Universidad hizo sus primeros estudios.

Trasladado á Madrid, siguió la

carrera de Farmacia, con apromeramiento, doctorándose en esta Facultad en 1844. Pero, á decir verdad, aun cuando publicó trabajos relativos á esta ciencia, y, sobre todo, fundó un periódico profesional de gran crédito, que todavía vive después de más de sesenta años, y tenía gran entusiasmo para defender la clase á que pertenecía, llamábanle sus aficiones á muy distintos campos, en los cuales había de desempeñar importantísimo papel, sin embargo de haberse malogrado, pues su vida se extinguió en una edad en que pudo todavía haber producido saneados frutos.

Comenzó su carrera de escritor por crear un periódico, propio de su Facultad, con el cual inició su campaña y vida literarias.

Que tenía entusiasmo por su profesión, aunque no la ejerciera, lo manifiesta el que fundó en 1845 el periódico referido y titulado *El Restaurador Farmacéutico*, de gran prestigio, cuya redacción no le impidió el escribir

para el teatro, alimentando sus preferentes aficiones, como lo prueban las obras que brotaron de su pluma, primero en unión de D. Juan de la Rosa González, escribiendo *La Estudiantina ó el diablo en Salamanca*, *Fernán González* y *Valentina Valenton*, y después, con D. Juan Ruiz del Cerro, *La venganza de un pechero*, para dar á luz más tarde por sí solo *La acción de Villalar*, *Los disfraces*, *Infantes improvisados*, *Ginesillo el aturdido* y *Felipe el prudente*, y aun cuando la crítica severa y la sátira han señalado en algunas de ellas diversos defectos, lo cierto é innegable es que varias obtuvieron éxito satisfactorio, que el público las recibió con aplauso y que los lunares que tengan no son suficientes á borrar su mérito, que aun cuando no puedan calificarse de producciones de primer orden, no merecen sin embargo el desdén del cronista. *Felipe el prudente* fué magistralmente interpretada por el gran Romea y obtuvo gran número de representaciones.

Enamorado Calvo Asensio con verdadero entusiasmo de la escuela romántica, muy en boga en su época, se inspiró en las creaciones de Zorrilla, García Gutiérrez y Hartzenbusch, á quienes tomó por modelos y de cuyos primores literarios era un gran admirador.

Que su actividad era múltiple y su afición al trabajo constante, lo prueba que hacía compatible esta labor con los escritos de su periódico científico y la traducción de la obra de Toxicología de Orfila, demostrando con esto sus aptitudes para tan heterogéneos y distintos asuntos.

Publicó también un periódico satírico, titulado *El Cinife*, y el año 1851 ya sus paisanos quisieron adjudicarle la investidura de diputado, que no logró hasta el de 1854, después del triunfo de la revolución de Julio y en pleno dominio del partido progresista, en el Ministerio presidido por el general Espartero. Pocos meses antes de esta fecha fundó *La Iberia*, cuyo periódico adquirió

inmensa popularidad, acrecentada cada vez más por las denuncias de que fué objeto años después y sostenida durante mucho tiempo.

En las Constituyentes del bienio progresista y en las Cortes posteriores del año 1858, en tiempos de la Unión liberal, se reveló como orador de altos vuelos, habilísimo en la polémica y de condiciones excepcionales para el difícil torneo del hombre de gobierno y del político avezado á la lucha y al combate.

Allí, al lado de Olózaga, de Sagasta, de Madoz, de Aguirre, de Figuerola, de Ruiz Zorrilla y de otras eminencias parlamentarias, demostró que no en vano fundaba en él sus esperanzas un partido importante y de gran prestigio, y que mereció, por tanto, no sólo el aplauso de sus amigos, sino el respeto de sus adversarios, que siempre reconocían al hombre honrado, de talento excepcional, de valor, de energía y de condiciones parlamentarias, por lo cual no le escasearon sus

elogios en vida, ni dejaron de dedicarle coronas después de su muerte, llorando unos y otros la pérdida del que, á poco más de cumplidos los cuarenta años, habíase elevado por sus propios méritos desde la modesta atmósfera de un periodista profesional á las elevadas cumbres de ser considerado cual uno de los jefes de un partido que contaba en su seno ilustres hombres de Estado.

Calvo Asensio murió el 18 de Septiembre de 1863, en el apogeo de su actividad y de su energía, cuando aun hubiera podido realizar acaso grandes empresas. La generación actual no le ha conocido, sino que ha alcanzado únicamente las noticias que de un hombre público de gran significación recoge con serenidad la Historia y la ha consignado como datos interesantes en sus anales, pero suficientes, sin embargo, para que pueda juzgarse del valer de quien ocupó con justicia un puesto importante en la política española, si bien casi la totalidad de su vida figuró en las

ilas de la oposición y en los
puestos de más rudo combate. Su
entierro, presidido por hombres
tan ilustres como Prim, Madoz,
Aguirre, Sagasta, Calatrava, el
Marqués de Perales y Abascal,
fue una demostración del aprecio
que las primeras personalidades
de un gran partido rendían á la
memoria del compañero, cuya
prematura muerte restaba á la
Patria y á la agrupación que re-
presentaba una gran fuerza y un
carácter entero. Yo tuve ocasión
de tratar, aunque poco, á Calvo
Asensio, si bien con los respetos
que imponía una gran diferencia
de edad, y sólo con motivo de la
amistad que tuvo con mi querido
padre por razón de igualdad de
carrera profesional, pudiendo
apreciar lo franco y cariñoso de
su carácter, siempre afectuoso
con todos, sin considerar ni tra-
tar en este instante de sus ideas
políticas, que no queremos juz-
gar, puesto que estas breves lí-
neas sólo tienen por objeto evo-
car una efeméride, que trae el
recuerdo de un español insigne,

cuyo vida empezó por las austeridades de la ciencia, siguiendo éstas los encantos de las musas y del teatro, y terminando por las amarguras y emociones de la accidentada vida política.

Cúpole la gloria de ser el iniciador de la idea de coronar en vida al gran poeta Quintana siendo *La Iberia* el periódico donde se publicó con este fin un brillante y sensacional artículo, y su director leyó elocuente discurso en la solemnidad que con tal motivo se verificó en el Senado, y en la que la reina D.^a Isabel II colocó en las sienes del anciano autor de la oda *Á la Imprenta* la artística joya, menos valiosa por su intrínseco precio que por la extraordinaria significación de un presente otorgado por el sufragio público, y en el que una dama y una reina, en el santuario de las leyes, rodeada de todo el esplendor de su corte y con asistencia de las ce'ebriidades literarias y políticas, de todas las aristocracias y numerosa representación del bello sexo, que

brillantaron con sus galas y hermosura el acto, sancionaba la gloria adquirida con la inspirada pluma de uno de los poetas que han rayado más alto en el Parnaso español.

De todas suertes, sin aplaudir ni censurar las ideas políticas de Calvo Asensio, á quien no juzgamos en tal concepto, y del que somos tan sólo imparciales cronistas, será siempre digno de consideración y de loa quien por sus propios merecimientos, sin auxilio de nadie, supo elevarse del nivel general, vencer en el rudo combate de la vida y adquirir un nombre celebrado y una gran reputación; por lo cual no podrá menos de decirse al recordarle: era un talento claro; un hombre de gran instrucción y perseverancia; un carácter, un héroe del trabajo, en fin, que ha adquirido el derecho indiscutible á que la posteridad no le olvide.

DON MODESTO LAFUENTE (*)



La fecha del 1 de Mayo tiene para las letras españolas gratísimo é inolvidable recuerdo, pues es la fecha en que vió la luz primera, en Rabanal de los Caballeros, en 1806, el gran historiadór, el escritor satírico, el orador parlamentario, el indiscutible erudito D. Modesto Lafuente, que tiene perfecto derecho á figurar en el catálogo de los españoles ilustres, que habiendo dado á su patria días de gloria, no pueden jamás ser olvidados, ni desaparecer sus nombres de la lista de celebridades.

Ocupó, por tanto, en la política y en las letras un puesto importante en los dos tercios del siglo anterior, y merece, sin duda, que se citen algunos brevísimos rasgos salientes de su vida, siquiera sea como merecido tributo á su memoria. En Cervera de Río Pisuerga fué donde aprendió con aprovechamiento el idioma del Lacio, pasando luego á León y después á la Universidad de Santiago, donde cursó la carrera de Jurisprudencia, y después algunos años de Teología en Valladolid. Desempeñó varios cargos oficiales en la provincia de León, y empezó á figurar su nombre y á tener verdadera vida pública cuando en 1837 fundó el periódico satírico de gran resonancia, que tituló *Fray Gerundio*, y cuya frase sirvió también de seudónimo á Lafuente.

Este periódico apareció primeramente en 4 de Abril de 1837 en León, y en Madrid en 1.º de Julio de 1838. La celebridad que adquirió la publicación por su agudísimo ingenio y picaresca sal, fué

extraordinaria. En todas partes se leía y se comentaban sus frases y sus artículos, se copiaban sus líneas y se repetían sus conceptos, siquiera, como es forzoso en periódicos de esta índole, molestasen sus sátiras á muchos y se enajenara, por tanto, las simpatías de gran número de personas. Pero, de todas suertes, el ingenio, que á raudales brotaba de la pluma del que lo escribía, era celebrado unánimemente, y el éxito y popularidad más completa coronó aquella publicación, que, nacida en una modesta capital de provincia, adquirió grandes vuelos en Madrid y tuvo eco, por tanto, en toda la Nación y hasta en el Extranjero.

Á este periódico debió Lafuente sin duda alguna su prestigio y la base de su gran notoriedad, por lo cual fué obsequiadísimo y tuvo verdaderas ovaciones en un viaje que hizo en 1841 al Mediodía de España, cuyas ovaciones y obsequios se repitieron en Toledo, Zaragoza, Valladolid, Provincias Vascongadas y Palencia,

donde había no sólo deseos, sino ansia de conocer al autor de aquellas *Capilladas*, con cuyo nombre designó las crónicas de su periódico, cuyos tomos encuadernados forman hoy un verdadero tesoro bibliográfico, en cuyas páginas se recuerda, con los vivos colores de un ingenio excepcional, la historia política de aquel agitado período de nuestra patria.

Prodújole, sin embargo, no pocos disgustos y amarguras, figurando en primer término la pérdida de su empleo, y terminando con la cesación del periódico, á consecuencia de haber molestado con una frase equívoca, escrita acaso sin ánimo de causar tal ofensa á un ilustre personaje, que mucho tiempo después ocupó uno de los primeros puestos en la gobernación del Estado, en la época revolucionaria posterior al 68.

Pero al biógrafo no le faltan motivos para señalar en la vida de Lafuente actos de verdadera importancia literaria, y por los

que su personalidad será siempre de gran relieve. En Noviembre de 1845 empezó á publicar *El Teatro social del siglo XIX*, cuya publicación interrumpió para realizar su gran obra y por la que seguramente ha de pasar á la posteridad con el honroso dictado de escritor ilustre. La *Historia de España* es, en efecto, el libro que le ha dado merecida é imperecedera fama. Consagró á ella muchas horas de meditación y estudio, y no perdonó medio para que la minuciosa consulta en archivos y bibliotecas y la lectura de documentos preciosos le suministrase medios de dar á su obra todas las condiciones para que resultase un trabajo de primer orden, siquiera algunos criticos hayan encontrado en ella motivos de censura.

Pero al considerar el cúmulo de datos allí reunidos, la inmensa labor que supone la realización de tal empresa, los puntos oscuros esclarecidos con los resplandores del talento y abrillan-
tado todo con los razonamien-

tos de una concienzuda crítica, no podrá menos de considerarse como un monumento erigido á la literatura española.

Abrióle sus puertas la Academia de la Historia, aportando á esa corporación rico caudal de ideas de gran valor en las investigaciones á que se consagra dicho cuerpo científico. Lanzado á la vida política, fué diputado en las Cortes Constituyentes de 1854 y posteriormente en otras, llegando á ocupar el alto puesto de presidente del Congreso, y desempeñándolo con acierto en periodos difíciles y de gran agitación. Murió Lafuente en Madrid el 25 de Octubre de 1866.

Su nombre es de los que forzosamente quedan en el mundo, pues las obras que dió á luz proclamarán siempre su inmortalidad, aun cuando las pasiones quisieran en vano tender sobre su memoria el manto del olvido.

ADELARDO LÓPEZ DE AYALA (*)



¿Cómo no recordar este nombre ilustre, el 30 de Diciembre, que se renueva la memorable fecha en que se extinguió la llama de una vida gloriosa, cuyos resplandores han de iluminar la historia de nuestra patria y han de ser un constante testimonio de una de las grandes figuras que lega á la posteridad el siglo XIX, como inolvidable testimonio de esa pléyade de españoles ilustres, que servirán en todo tiempo para enorgullecer al que ha tenido la dicha de nacer en este suelo?

En efecto, Ayala es un nombre

que no ha de borrarse jamás de los fastos de la literatura y de la política, y en que después de los años transcurridos desde que acaeció su muerte, no sólo no ha caído sobre él el triste sudario del olvido, sino que las flores que brotan de su sepulcro son inmarcchitables y nos traen envueltos en sus perfumes los poéticos encantos de las creaciones que brotaron de aquella inteligencia poderosa, que siempre que algo producía llevaba marcadas las huellas del colosal talento de su autor.

Nació D. Adelardo López de Ayala, según consignan sus biógrafos, en el mes de Marzo de 1829, en Guadalcanal. Estudió la carrera de Derecho en la Universidad de Sevilla, y recibido de abogado, vino á Madrid, con el manuscrito de su primera obra para el teatro, la comedia titulada *El hombre de Estado*, que el Comité de lectura del teatro Español admitió por unanimidad de votos, imponiéndose lo valioso de la obra á los naturales obstáculos

que salen al paso del desconocido joven, que suele necesitar titánicos esfuerzos para romper el hielo de la indiferencia.

La justicia de tan favorable acogida fué sancionada por el público con el éxito brillante que la referida producción alcanzó el 25 de Enero de 1851.

Poco después escribió dramas, comedias y zarzuelas, algunas de ellas con marcadas tendencias políticas, como *El Conde de Castilla* y *Los Comuneros*, estrenada esta última en la época que siguió inmediatamente al triunfo de la revolución de Julio de 1854, produciendo sus primeras representaciones grandes luchas y acalorados debates, propios de los momentos de efervescencia y encendido en las pasiones que siguen á una revolución.

Su vida política comenzó entonces; fué redactor del célebre periódico satírico *El Padre Cobos*, al cual defendió después ante el Jurado en una denuncia que sufrió dicho periódico con motivo de la publicación de unos versos

de Ayala, revelándose como orador de altos vuelos, y alcanzando un fallo absolutorio del Tribunal popular.

Más tarde fué uno de los que contribuyeron á la revolución de 1868, y triunfante ésta, fué el primer ministro de Ultramar de aquel nuevo régimen político.

Algunos años antes alcanzó en el teatro un triunfo unánime, para cuya adjudicación no había, como hay en el campo político, vencedores ni vencidos. Tal es su obra maestra y que le dió mayor renombre, *El tanto por ciento*, cuyos atronadores aplausos resonaron en España y América durante mucho tiempo, quedando como imperecedera joya del repertorio dramático, y dando como resultado una suscripción para regalarle artística y valiosa corona de oro, como testimonio de admiración y entusiasmo.

También escribió *El tejado de vidrio*, que fué sumamente aplaudido.

Elegido dos veces presidente del Congreso de los Diputados, pro-

nunció desde aquel egregio puesto un discurso necrológico tan brillante, con motivo del fallecimiento de la reina D.^a Mercedes, en 1878, que se conservará como página imperecedera de los más patentes ejemplos de la elocuencia, y donde podrán admirarse siempre las hermosas y artísticas frases de que es susceptible el idioma cervantino, cuando se lamenta de que en aquel regio fúnebre se encierran, como flor muerta, apenas nacida, los preciosos restos de la majestad, de la hermosura y de la virtud, ante las cuales no podía menos de inclinarse su frente y saludar con respeto una tumba que malograba airada las más risueñas esperanzas.

Su última obra dramática fué *Consuelo*, verdadero trabajo de maestro, y cuya frase final, expresada en las tres palabras: *Qué espantosa soledad!*, sintetiza todo un gran poema.

Ayala murió en Madrid el 30 de Diciembre de 1879, á las tres y media de la tarde, rodeado de

amigos y admiradores, entre ellos el ilustre autor de *Marina*, pues era fraternal y antigua la amistad que le unió á D. Emilio Arrieta, así como al eminente hombre de Estado D. Antonio Cánovas, que se hallaba igualmente cerca del lecho mortuario, y que experimentó, como el primero, el amargo dolor de ver exhalar el último suspiro al inolvidable compañero de juventud, cuando ni uno ni otro podían sospechar que sus nombres ocuparan lugar preeminente en la historia de nuestra patria.

Uno de los entusiastas biógrafos de Ayala ha dicho admirablemente frases análogas á éstas: «Dormido parecía á la rojiza luz de los blandones. La tarde empezaba á declinar en esos tristes días de invierno, y un pálido rayo de sol, al dar de lleno sobre el rostro del muerto, parecía que estampaba un ósculo de despedida al gran pensador é inspirado poeta».

Recordaremos su soneto titulado *Un año más*, muy propio de

los días en que se escribió, el cual es una verdadera demostración de cuánto merecía estos títulos:

«¡Un año más!... No mires con desvelo
la carrera veloz del tiempo alado,
que un año más en la virtud pasado,
un paso es más que te aproxima al cielo.
Llora, sí, con amargo desconsuelo
(pues bastante, jamás lo habrás llorado),
el año que al morir te haya dejado
de alguna falta el interior recelo...
que el tiempo que bien obres no es per-
[dido;
pues los años de paz, hermana mía,
que en la santa virtud hayas vivido,
se convierten en siglos de alegría
en el eterno edén que hay prometido
al alma justa que en su Dios confía».

Así se expresaba el pensador y el poeta; renovemos su recuerdo y consagremos á esta gloria nacional el tributo de veneración á que tiene indiscutible derecho.

EL ANIVERSARIO

DE LA

MUERTE DE HARTZENBUSCH (*)



El recuerdo que se tributa constantemente á los hombres que por su talento excepcional han descollado del nivel de la generalidad es tan grande y merecido, que á pesar de no borrarse nunca de la imaginación, se reverdece y aumenta cuando transcurren fechas determinadas, en las cuales se dedican nuevas coronas á su memoria, como si se quisiera dar fe de lo imborrable é imperecedero de los actos de aquella vida que tuvo la fortuna de dejar tan hondas huellas.

Tal sucede con el día 2 de Agosto, que es el aniversario de la muerte de Hartzenbusch, el eminente poeta, el erudito bibliógrafo, el laboriosísimo escritor, el académico ilustre, el laureado vate y hombre modelo de modestia y honradez.

Recordemos, siquiera sea brevisimamente, algunos rasgos de aquella existencia, descrita muchas veces por brillantes plumas, pero que seguramente jamás podrá considerarse superfluo cuanto se consigne en su recuerdo (1).

El día 6 de Septiembre de 1806 vió la luz primera en Madrid, y el 2 de Agosto de 1880 exhaló el último suspiro. Su padre, ebanista alemán, vino á España y edu-

(1) Véase la biografía escrita por D. Aureliano Fernández-Guerra, en que transcribe las palabras de Tamaro respecto á Hartzenbusch, diciendo que era «de pequeño cuerpo, semblante muy expresivo, humilde en su porte, tan memorioso que era índice vivo de todos nuestros archivos, caritativo encomiador de todos y mudo para la propia alabanza».

có á su hijo Juan Eugenio para que siguiera su oficio. Á la temprana edad de dos años vióse ya privado de las caricias maternas, pues su pobre madre falleció á consecuencia de fuertísima emoción que experimentara el 8 de Septiembre de 1808 por haber visto arrastrar al pie de sus balcones un afrancesado que se le creyó espía y se le juzgó con esa terrible rapidez que se realiza en los motines populares, donde, como avasallador torrente, la pena se impone acto continuo de conocido un delito, sin pararse á escuchar al reo, ni apreciar su mayor ó menor culpabilidad ó inocencia.

Comenzados sus estudios en Madrid en 1815 en San Isidro, con intención de seguir la carrera eclesiástica, bien pronto tuvo que abandonar ese camino, para el cual no se sintiera con vocación; pero justo es decir que los conocimientos adquiridos con este motivo en el idioma latino sirvieronle después en gran manera para redactar muchas obras y

saborear debidamente otras, adquiriendo un caudal de ideas que había de serle muy útil y había de reflejarse en los trabajos que publicara.

Fué víctima de los acontecimientos políticos, y pudo considerársele más de una vez como náufrago que arroja la tormenta á la orilla del Océano, después de haber estado en larga zozobra y en gravísima crisis de acabar su existencia. Perdió su padre en la revolución de 1823, cuanto poseía y además la salud, por lo cual el joven, que aprendiera en sus años infantiles un oficio mecánico, tuvo precisión, para no ser presa de la miseria, de trabajar en varios talleres y ganar el sustento con el modestísimo jornal del obrero, no impidiéndole esto dedicar algunas horas, substraídas al descanso, á traducir al español obras del teatro francés é italiano, hasta que con grandísima aplicación aprendiera la taquígrafia, y en 1835 obtuvo Hartzenbusch una plaza de táquigrafo en la *Gaceta de Madrid*.

El 19 de Enero de 1837 se estrenó el drama *Los amantes de Teruel*, que fué la obra que le dió más fama, y á partir de este momento se convirtió en celebridad el antes obscuro joven, que después escribió para el teatro las tituladas *Doña Mencía*, *Alfonso el Casto*, *La jura en Santa Gadea*, *La madre de Pelayo*, *El mal apóstol y el buen ladrón*, *Heliodora ó el amor enamorado*, y arreglado otras del francés, entre ellas algunas de magia, siendo la que ha adquirido más popularidad la que con el nombre francés de *Las píldoras del diablo* (*Les pilules du diable*), convirtió en la conocidísima y celebrada por varias generaciones con la denominación de *Los polvos de la madre Celestina*, que puede considerarse como obra original y esencialmente española, pues difiere bastante de la que le sirvió de norma.

Además hay en el catálogo de sus obras dramáticas, *Honorio*, *La ley de raza*, *Vida por honra*, *Primero yo*, *Un sí y un no*, *De-*

rechos póstumos, La hija de Cervantes, y otra porción (hasta 69) que no se citan, porque este breve artículo está únicamente dedicado á conmemorar una fecha y no á un trabajo biográfico, de igual manera que se pasan en silencio las fábulas, poesías, memorias, artículos y otras varias de sus múltiples publicaciones literarias.

Quien desee conocer de un modo detallado las producciones de tan sabio escritor, podrá encontrarlas en el precioso libro de cerca de 500 páginas publicado por su hijo en el año 1900, con el nombre de *Bibliografía de Hartzenbusch*, con el cual, no sólo ha honrado la memoria de su ilustre padre, sino que ha prestado señaladísimo servicio á la literatura patria.

Ingresó D. Juan Eugenio Hartzenbusch en la Real Academia Española en 18 de Marzo de 1847, y para una solemnidad que celebró la Sociedad Económica Matritense con objeto de distribuir premios á las acciones virtuosas,

presidido dicho acto por la reina Isabel II, y al que asistieron las más eminentes personalidades de la Corte, compuso sentidos versos que leyó admirablemente uno de los primeros actores de la escena española en aquella época, el inolvidable Joaquín Arjona. Tradujo también al castellano la oda que el poeta Manzoni escribió con el título del *Cinco de Mayo* á la muerte de Napoleón, y desempeñó con superior aptitud los cargos de director de la Escuela Normal y de la Biblioteca Nacional.

Su hijo, que, como consignó muy bien hace años un periódico, no es un desconocido de apellido ilustre, sino que hizo con brillantez sus estudios en la Facultad de Ciencias y en una Escuela especial, ha obtenido premios en certamen público en la Biblioteca Nacional por las obras que ha presentado, y desempeña hace muchos años, con celo y asiduidad, un cargo en el Cuerpo de Archiveros Bibliotecarios, ha procurado honrar la memoria de

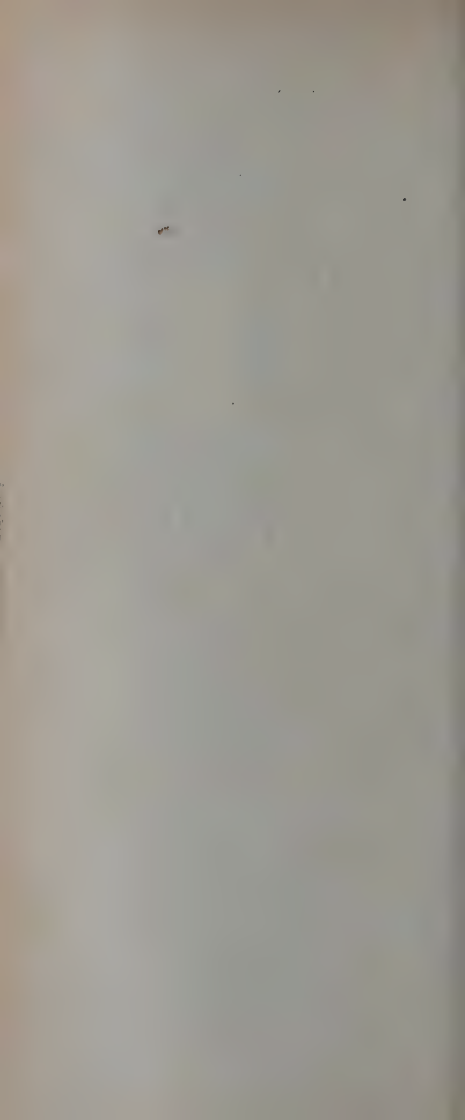
su querido padre, no sólo con la publicación del libro que acabamos de mencionar, sino reuniendo preciosos recuerdos de la vida de aquel genio, que parecen proclamar á toda hora la perpetuidad de su existencia, como son los grabados de retratos de Hartzenbusch debidos á los primeros artistas españoles, libros, manuscritos y otros varios objetos de su pertenencia, de verdadero valor histórico (1).

De todos modos, puede decirse de Hartzenbusch que su vida, con haber casi alcanzado quince lustros, fué breve para que le admiraran sus contemporáneos; pero que las joyas que de su mente brotaron han sido otras tantas piedras preciosas, cuyos

(1) El hijo de Harzenbusch, con cuya amistad me honro desde hace muchos años, pues fuimos condiscípulos en las aulas, tuvo la bondad de enseñarme una porción de objetos curiosos pertenecientes á su inolvidable padre, entre ellos una mesa, obra de ebanistería fabricada por el gran escritor en sus años juveniles.

reflejos durarán lo que el idioma castellano. Las siguientes palabras de Castelar al hacer su semblanza expresan fielmente la síntesis de la personalidad del gran escritor :

«Candoroso como un niño, sensible como una mujer, de pensamiento elevadísimo y de la voluntad enérgica que pone Naturaleza en los primeros entre los hombres elegidos para embellecer los horizontes del alma y avivar la llama del ideal en la vida».



NARCISO SERRA



No puede olvidarse este nombre al llegar el día 26 de Septiembre, que en el año 1877 se distinguió una vida llena de merecimientos, consagrada principalmente á las letras, aun cuando compartida con las armas, como algunos de los que han honrado nuestra nación, y cuyas obras travesarán las generaciones sin perder un instante su lozanía ni caer su palpitante interés. Nació Serra en Madrid el 24 de Febrero de 1830, parece ser que su verdadero apellido era Saenz de y Serra; pero la costumbre

le hizo prescindir de la primera de estas denominaciones, firmándose siempre ó casi siempre con su apellido materno, ó sea Serrano.

De superior ingenio y clarísima inteligencia, fué la primera nota saliente de su carácter la desaplicación y el desamor á los estudios serios, á cambio de una afición grandísima á la poesía, por la que sintió un entusiasmo sin límites, y á la temprana edad de siete años mostraba su precocidad recitando versos en el Liceo, cuyos relatos se repetieron cada vez con más éxito, anunciándole la buena acogida con que los literatos y artistas que concurrían á los salones de aquel centro prodigaban al niño que le encantaba con la fe, energía y entonación que daba á las creaciones de los grandes maestros, muchos de los cuales se deleitaban escuchando la lectura de sus producciones, abrigada por unos labios infantiles que, al andar del tiempo, habían de ser una gloria literaria.

Parece ser que, habiendo in-

ntado, en obediencia á paterna-
s consejos, seguir la carrera de
s armas en el Colegio General
militar, no pudo, sin embargo,
conseguir su propósito, por no
ajetarse á la disciplina escolar,
tener la suficiente constancia
aplicación para consagrarse
n asiduidad á unos estudios
fíciles y abstrusos, cuales eran
principalmente las ciencias exac-
s, á las cuales jamás mostró
ición, aun cuando es de presu-
ir que con su claro talento hu-
era conseguido su empeño, aun
ando tal vez fuera ese fracaso
a motivo que la dramática es-
ñola tenga que celebrar y con-
atularse por haber adquirido
a ingenio, cuyos frutos acaso se
rdieran siguiendo otros derro-
rros.

Pero lo que no alcanzó con el
glamentario estudio y la disci-
ina escolar, pudo lograrlo con
valor y denuedo, cuando en
54 siguió al general Ros de
ano, su íntimo amigo, en la
blevación que tuvo lugar en 28
Junio del mismo año; se batió

con gran arrojo en la acción de Vicalvaro, que se realizó pocos días después, y entró en Madrid con el ejército triunfador, ya investido con el empleo de subteniente de Caballería, que consiguió en el campo de batalla con gravísimo riesgo de su vida, ingresando en el Ejército por el camino que le inspiraba su carácter independiente y audaz, enamorado de todo lo que fuese aventuras y combates, adecuado á su alma de poeta en su fantasía soñadora.

Continuó en el Ejército y perteneció al arma referida, hasta que disidencias personales, y sobre todo, no avenirse su espíritu independiente á las duras trabas y exigencias de la Ordenanza, le obligaron á pedir su licencia absoluta, dejando una carrera á la que desde luego, si bien no tuvo gran afición desde un principio hubiera podido llegar con gloria á elevadas jerarquías militares, pues tuvo sobradas ocasiones de demostrar su valor y serenidad ante el peligro, que arrojó con firmeza, todo lo cual, unido á s

xcepcional talento, hubieran podido honrar los entorchados su uniforme, juzgándole sus compañeros dignísimo de figurar entre ellos y mostrándole con verdadera orgullo.

La primera producción que dió al teatro fué una comedia titulada *Mi mamá*, que se representó en Madrid cuando Serra tenía diez y ocho años, en el teatro llamado de la Cruz, situado en el espacio que hoy forma la parte nueva de la calle de Espoz y Mina, y en esa misma época dió á luz un libro de poesías, mereciendo un otro buen éxito, que le animó á continuar el camino de las letras.

También fué actor; pero, ya por efecto de la sordera que desde sus primeros años padeció, por otros motivos, lo cierto es que no se distinguió gran cosa en el difícil arte de Talma, por lo cual abandonó las tablas, dejando que otros interpretaran sus obras, puesto que no podía llegar á ser más que un regular cómico que estaba llamado á triunfos

de primer orden en el concepto de autor.

Pero la obra que verdaderamente rompió el hielo que le impedía darse á conocer, fué la titulada *Boda de Queredo*, interpretada por el superior talento del gran Romea y secundado por actores de la talla de Guzmán y otros varios. Desde entonces se le abrieron incondicionalmente las puertas del teatro, y puede decirse que logró una carrera de triunfos, apenas interrumpida, en cuantas producciones dió á la escena, durante las cuales no se extinguió el ruido del aplauso, ni se marchitaron las fragantes y espléndidas flores de su corona de gloria. Así es que *La calle de la Montera*, *El reloj de San Plácido*, *Don Tomás*, *Nadie se muere hasta que Dios quiere*, *El amor y la Gaceta*, *El todo por el todo*, *El loco de la guardilla*, *A la puerta del cuartel*, *Amar por señas*, *Luz y sombra*, *El quiere y el rascar*, *La edad en la boca* y otra porción, además de muchas que colaboró, forman un

erie de trabajos á la manera de monrosa cadena, cuyos preciosos eslabones son otros tantos títulos de admiración y credenciales de imperecedera fama.

Sus epigramas, poesías sueltas, semblanzas y artículos humorísticos se conservan todavía y se leen con deleite, citándose muchos de ellos, sobre todo las semblanzas, como modelos en su género.

La mejor de sus obras dramáticas es, sin duda alguna, *Don Tomás*, en términos que puede colocarse sin que desmerezcan lo más mínimo al lado de las del gran Bretón de los Herreros, por la naturalidad de los caracteres, lo fácil y ameno del diálogo y el interés constante de la acción. Seguramente ha de ser la comedia de Serra que más viva y sigan con gusto y aplaudan las venideras generaciones.

La parálisis invadió el cuerpo de Narciso Serra cuando todavía se hallaba en la vejez, reduciéndole á la inacción y á la inmovilidad, sin embargo de estar

su privilegiado cerebro produciendo primorosas obras que se aplaudían ruidosamente en el teatro y eran joyas de gran valía en la literatura española, de tal suerte que han quedado como modelos de clásicas comedias, cuyos encantos admira todavía la generación que ha seguido á la del poeta, y seguramente continuarán mereciendo el aplauso de las futuras edades, adjudicando el galardón que merece á la brillante pluma del escritor dramático que en la segunda mitad del siglo XIX fué uno de los que dieron más realce al teatro español.

Podrá ser alguna vez su versificación descuidada é incorrecta, pero siempre será fácil, flúida, galana, llena de inspiración y exuberante de fantasía y sentimiento.

De todos modos, sus biógrafos convienen en que tenía una portentosa facilidad para escribir, versificando al correr de la pluma con la misma rapidez que si escribiera en prosa.

Nombrado auxiliar del Minis-

terio de la Gobernación, pasó en 1864 á ser censor de teatros, cuyo cargo, compatible con su padecimiento, desempeñó hasta que la revolución de 1868 suprimió la censura, quedando entonces en una situación bien triste, cuando ya la luz de su inteligencia empezaba á palidecer y le impedía producir nuevas obras que le dieran honra y le ayudaran á la material subsistencia.

Él mismo retrata su situación, en la primera página de una comedia que se publicó poco más de un año después de su cesantía, donde comienza un largo romance con los siguientes versos :

«Hace catorce meses
no tengo empleo,
y hace ya catorce años
me estoy muriendo».

Algunos años después, por iniciativa de la Prensa, el Conde de Toreno, ministro entonces de Fomento, le concedió un destino con el que pudieran ser menos amargos los últimos años de su vida. Pero lo disfrutó escaso tiem-

po, pues el 26 de Septiembre de 1877, como hemos dicho al principio, exhaló Serra el último suspiro en los brazos de su amantísima madre.

Al recordar esa fecha, sólo se ocurre decir que no debe darse un momento al olvido un escritor que tanto supo elevar su fama con obras de gran mérito, pues no brotan á diario ingenios de tan especiales dotes.

CASTELAR



Cuando se medita lo que ha producido y significado una existencia que comienza en Cádiz el 7 de Septiembre de 1832 y finaliza en 25 de Mayo de 1899 en San Pedro del Pinatar, jamás podrán parecer exagerados ni hiperbólicos los elogios acumulados por la fama en torno de la tumba en que descansa D. Emilio Castelar, uno de los españoles que en la segunda mitad del agitado siglo XIX ha escuchado mayor número de veces el ruido del aplauso.

Su rápida transición del des-

conocido y obscuro joven que á manera de tosca crisálida se transformó en brillante y pintada mariposa, adquiriendo un nombre célebre en el espacio de una hora, la presencié en mis ya lejanos años infantiles, cuando en una tarde de los últimos días del mes de Septiembre de 1854 oía en las calles inmediatas al Teatro Real los ecos bulliciosos de apiñada muchedumbre que conducía en triunfo y confería por aclamación el bautismo de gran orador á quien acababa de darse á conocer, electrizando con su mágica palabra, envuelta en oleadas de inspirada poesía, á uno de los que habían tomado parte en una discusión política que en el referido teatro acababa de tener lugar.

Después vemos á Castelar en multitud de actos públicos, desempeñando siempre un papel de primer orden, lo mismo que al graduarse de Doctor en la Facultad de Filosofía y Letras, para cuyo acto escribió un discurso acerca de *Lucano*; realizar bri-

llantes ejercicios de oposición á cátedras, hasta que obtuvo en la Universidad Central la de Historia crítica de España; las explicaciones en el Ateneo de Madrid durante varios cursos respecto á *La civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo*; su vida periodística en populares diarios, que continuó en la emigración desde 1866 á 1868, escribiendo en revistas que se leían con gran avidez en todos los pueblos de la América latina, y viniendo nuevamente á España en este último año de 1868 á tomar parte activa en la política y á ocupar después altos puestos en la gobernación del Estado.

No pueden olvidarse fácilmente aquellas angustias que se experimentaban para poder penetrar á través de inmensa concurrencia en la sala donde dejaba oír su voz, lo mismo en las noches que explicaba en el Ateneo, á que era forzoso acudir con grande anticipación, so pena de no lograr escucharle, que en las salas donde se celebraba la vista pú-

blica ante el Jurado en que defendía un periódico sobre el que pesaba una denuncia, como en el Congreso cuando arrebatava con aquellos grandilocuentes y embriagadores períodos, á cuya terminación prorrumpían en aplausos sus mismos adversarios, que sólo miraban al artista de la palabra, olvidando al político doctrinario.

Pero no en el concepto político es como admiro á Castelar. Así es que ni en el elevado puesto de presidente del Poder Ejecutivo, en época de triste perturbación social, ni en el de haber sido constantemente elegido diputado á Cortes todas las veces que el sufragio ha pronunciado su fallo en España en los últimos treinta años del pasado siglo, ni en otros cargos de índole política que desempeñara, puede tenerá mis ojos mayor interés que el que ofrece retraído en los postreros años de su vida en el gabinete de estudio, lanzando á la publicidad montones de cuartillas de manuscritos que, como él decía refiriéndose á

un insigne novelista, brotaban de su pluma *como copos de nieve, parda nube de invierno*.

¡Cuánta poesía acumulada en la sublime prosa de los artículos titulados *El Cementerio de Pisa*, la *Capilla Sixtina* y la *Leyenda de San Francisco*, que forman parte del libro titulado *Recuerdos de Italia*, que seguramente pasará á la posteridad como modelo de un estilo lleno de imágenes, en que la fantasía exuberante derrama cascadas de flores á manos llenas, de una manera tan oportuna que traslada al lector á los sitios descritos y siente con el autor todas las bellezas, abri-liantadas por una imaginación cuya exuberancia no ha reconocido quien la iguale!

Sus novelas *Fra Filippo Lippi* é *Historia de un corazón* revelan más al literato que encanta con sus descripciones esmaltadas de imágenes que al novelista cuya especialidad constituye este difícil género; así como es también digna de recordarse la descripción que hizo en 1858 del techo

del salón del Paraninfo de la Universidad Central, pagando un tributo de gratitud que su entusiasmo de artista le hacía expresar á quienes habían erigido un monumento á la Ciencia, y donde el Arte parece complacerse en tejer inmarcesible corona á la majestad de aquélla; así como tampoco debe olvidarse el discurso que leyó en 25 de Abril de 1880, al ingresar en la Real Academia Española, y que trata de la poesía en el siglo xix.

De todos modos, su memoria prodigiosa, su fecundidad inagotable, su fantasía exuberante, su brillantísima imaginación, su laboriosidad incansable, su talento sintético, sobresaldrán entre los defectos que algunos le han atribuido de no ser gran razonador, dando á la forma exagerada importancia y de llevar su hermosa fantasía á los austeros campos de la Historia, y no le arrebatarán los envidiables títulos de Príncipe de la elocuencia, de Titán de la tribuna y gloria nacional.

Cuando el crepúsculo vesperti-

no del 29 de Mayo de 1899 acariciaba las sombras de la noche, caían en el féretro de Castelar las últimas paletadas de tierra, sobre la cual ciertamente crecerán muchas flores de matices y aromas menos hermosos y gratos que los que su privilegiado cerebro produjera. ¡Contraste singular! Parecen escritas para formar su última corona las siguientes líneas que consigna en su artículo *El Cementerio de Pisa* :

«Las maldades humanas jamás lograrán obscurecer en mi alma las verdades divinas. Yo como distingo el bien del mal distingo la muerte de la inmortalidad. Yo me dejo aquí mi cuerpo como una armadura que me fatiga, para continuar mi infinita ascensión á las altas cimas bañadas por la luz eterna».

CAMPOAMOR



*(Breves noticias de algunos hechos
poco divulgados de su vida.)*

Es innegable el interés que inspira conocer siquiera algunos datos biográficos, á la manera de rápido bosquejo, de uno de los más inspirados y geniales poetas españoles, que durante más de la mitad del siglo XIX ha ceñido sus sienes la aureola de la fama y ostentado el carácter de creador de una forma especial de poesía, que le ha dado una originalidad tan grande é indiscutible, como es difícil que se haya adjudicado á nadie el honroso título de autor

de un género de composición poética que lleva envuelto en pequeñas líneas los arreboles de la inspiración, las galas de la fantasía, la profundidad del concepto y la síntesis de grandes ideas.

La villa de Navia, en la provincia de Oviedo, fué la cuna de D. Ramón Campoamor, el día 24 de Septiembre de 1817. Sus primeros y rudimentarios estudios en el idioma del Lacio los realizó en Puerto de Vega, y aun cuando no mostraba en un principio gran afición al latín, no por eso dejó de admirar después los clásicos y leer repetidas veces lo mismo los preceptos del gran Horacio que las virgilianas églogas, donde parece que se retratan todos los poéticos atractivos del país mantuano. Después pasó á Santiago de Galicia, y en la compostelana ciudad dió los primeros pasos en los estudios del Instituto, saboreando aquellas ciencias que más tarde habían de enaltecerle cultivándolas con tanto provecho.

Trasladado á Madrid, siguió sus estudios en el convento de

Santo Tomás con los frailes dominicos, cursó Matemáticas con D. Alejandro Bengoechea y asistió más tarde á las aulas del Colegio de San Carlos, donde fué discípulo del Dr. Corral, después Marqués de San Gregorio. Pero sus aficiones favoritas le llamaban á muy distinto campo, y en la poesía es donde su alma se extasiaba, mostrando bien pronto la gran fuerza de su exuberante inspiración, pues en sus juveniles años daba lectura, en el Liceo de Madrid, á poesías admirables, que valían grandes aplausos al simpático lector de negra y rizada cabellera, como, al decir de sus biógrafos, ondeaba sobre su frente.

Su primera obra fué un tomo de poesías titulado *Ayes del alma*, y sus opiniones políticas se manifestaron en una oda que leyó en el Liceo, en honor de la reina Cristina, madre de D.^a Isabel II, cuando estaba aquella señora en el destierro. Después publicó la *Historia crítica de las Cortes reformadoras*; la *Filosofía de las*

leyes; más tarde, *Lo absoluto*, y sobre todo, lo que le ha caracterizado es las *Doloras*, composiciones poéticas por él creadas y de que ha dado á luz multiplicadas ediciones, leídas con gran avidez en España y América y aplaudidas en el mundo entero.

Su libro *Drama universal*, sus artículos periodísticos, sus *Pequeños poemas*, las *Humoradas*; sus obras para el teatro, como *Cuerdos y locos*, *Guerra á la guerra* y *El palacio de la verdad*; los altos cargos que desempeñó en la Administración pública, sus trabajos en el Parlamento como diputado y senador, toda su personalidad está admirablemente sintetizada en las siguientes frases de Castelar: «Daré á su poesía por nombre un neologismo tal como *Dolora*; deslumbrará los entendimientos con los vistosos juegos de su ingenio soberano, tan admirable por la novedad y riqueza de las ideas como por la corrección y hermosura de las frases; verá cada hecho de la vida y hasta cada fenómeno de la

Naturaleza como si espíritu y materia dependieran de su voluntad y se juntaran ó desunieran al conjuro de su albedrío». No puede, en efecto, dibujarse la figura de Campoamor con mayor perfección.

Ingresó en la Real Academia Española el día 3 de Marzo de 1862.

De carácter llano y afable, tenía frases cariñosas para todos y era el primero que señalaba los defectos á sus obras, sin que jamás le cegase el amor propio, pues modesto por naturaleza, admitía en su trato con igual y democrático afecto al escritor novel y desconocido que al que ya había conquistado los lauros de la fama y disfrutaba por cualquier concepto una posición distinguida. Era, pues, sencillísimo en su manera de conducirse, á pesar de ser el poeta aristocrático, cuyos inspirados versos los solicitaban constantemente para honrar elegantísimos álbums que figuraban en los salones de las damas de la nobleza, algunas de cuyas

composiciones figuran entre sus más preciadas obras.

Pero hay un hecho en la vida de Campoamor no divulgado ni dado á conocer por sus muchos biógrafos. Me refiero á sus estudios químicos, que realizó ya en edad muy madura, con verdadero entusiasmo y con gran deseo de penetrar en los detalles de una ciencia de suyo difícil y árida, pero de aplicaciones inmensas y transcendentales en muchos problemas de la vida que á la continua demandan su solución. Asistió durante los años 1871 al 1874 á las cátedras de Análisis químico de las Facultades de Farmacia y de Ciencias y oyó con verdadero deleite las explicaciones de los Dres. Rioz y Bonet Bonfill, fijándose principalmente en las del primero, á cuya clase asistió con puntualidad durante dos años consecutivos y se penetró de toda la importancia de la ciencia que estudiaba.

En 1899 se trató de coronarle de igual modo que se hizo con Quintana y con Zorrilla. Su mo

destia rehusó este homenaje que su patria le consagraba.

Su muerte, acaecida el 12 de Febrero de 1901, á la una de la madrugada, produjo unánime sentimiento. El Gobierno, interpretando los deseos de todos, decretó que su entierro fuera á expensas del Estado, y en medio de la manifestación de duelo producida al conducir sus restos á la última morada, no podían menos de recordarse aquellos versos suyos que dicen :

La tumba es al lecho igual;
pero bien sabido ten
que en uno se duerme mal
y en otra se duerme bien.

EL EMINENTE TOXICÓLOGO ORFILA (*)

Cuando se leen con avidez las interesantes páginas de los anales jurídicos, donde se consignan los más terribles episodios del crimen, hallamos entre los nombres de los que han esparcido verdadera luz en el obscuro campo de las dudas el nombre de un ilustre sabio, español por su origen, si bien francés por sus oficiales cargos, que merece figurar cual uno de los campeones de la difícil y transcendental ciencia toxicológica y citarse en esta colección de celebridades.

Tal es Mateo Pedro Orfila,

imperecedero nombre que deberá considerarse siempre como una de las eminencias científicas de recuerdo eterno en los fastos de la Historia, y en la cual tiene nuestro país la dicha de haber sido su cuna. Nació el 24 de Abril de 1787, en la ciudad de Mahón, en cuyo día ganó la Ciencia uno de sus apóstoles, la Justicia uno de sus grandes auxiliares y la Humanidad uno de sus más decididos bienhechores.

Se trata, por tanto, de una de esas figuras que, habiendo traspasado los límites del tecnicismo de un orden de estudios, han pasado al dominio público, y es de interés general conocerlas y admirarlas, por cuyo motivo se inserta su nombre en éstas páginas.

Su talento y sus obras han producido tal asombro y han llevado en pos de sí consecuencias tan transcendentales, y se han impuesto de tal manera, que tiene forzosamente que saludarles la Humanidad con admiración profunda y llenar todos los ámbitos con esa notoriedad que debe tri-

butarse al genio por derecho propio.

Sus primeros estudios se dirigieron á la carrera de Marina. Pero bien pronto manifestó su escasa vocación por ella, abandonándola á pesar de las imposiciones de la familia, y se dedicó de lleno á los estudios de Medicina, que comenzó en Valencia, pasando después á Barcelona, desde cuyo punto marchó á Francia pensionado, con objeto de estudiar la ciencia al lado de los grandes maestros y respirar en la atmósfera en que se hallaban los primeros médicos y químicos del orbe.

Legó á París el 9 de Julio de 1807, cuando á poco estalló la guerra con España, y vióse exhausto de recursos, en términos que hubiera pasado las mayores estrecheces, si un pariente suyo que residía en Marsella no viniese en su apoyo, hasta que pudo recibir el grado de Doctor en 27 de Diciembre de 1811.

Empezó entonces á enseñar Química en París con asombroso

éxito, contando entre sus discípulos á hombres tan eminentes como Chomel y Béclard, que más tarde han sido lumbreras en las especialidades á que se dedicaron.

El día 1.º de Marzo de 1819 fué nombrado catedrático de Medicina legal en la Facultad de París, y á la reorganización de la enseñanza se encargó, en el mismo centro, de la cátedra de Química, que desempeñó por espacio de treinta años.

Comenzó su carrera de escritor por el *Tratado de Toxicología general*; pero lo que verdaderamente hace honor á su memoria es el *Tratado de las exhumaciones jurídicas*, en cuyas instructivas páginas encuentran los abogados y médicos grandes enseñanzas.

Además escribió el *Tratado de los venenos de los reinos mineral, vegetal y animal*, *Elementos de Química aplicada*, *Socorros á las personas envenenadas y asfixiadas*, *Tratado de Medicina legal*, *Diccionario de térmi-*

nos de Medicina, Cirugia, Farmacia, Física y Química, y otras varias.

Tenía Orfila aptitudes para muy diversos géneros de estudios. Sus biógrafos consignan que era un gran músico, y que desde luego en este arte hubiera realizado grandes portentos á no impedírsele la falta de tiempo, consagrado, en primer término, á su ciencia favorita.

Durante diez y ocho años fué decano de la Facultad de Medicina de París y dió vigoroso impulso á diversos estudios, sobre todo los de Toxicología, donde ha sido una de las primeras figuras que registra la historia de esta ciencia.

Señaló con su honroso ejemplo las condiciones que debe reunir el toxicólogo, cuales son : la discreción más absoluta para guardar secreto en tan delicados asuntos; la claridad para ser explícito en las afirmaciones; la vigilancia en los objetos que tiene bajo su custodia, evitando que manos extrañas los substraigan ó substi-

tuyan; energía para desoir toda sugestión ó despreciar las amenazas, y, por último, cuidado extremo en la absoluta pureza de los reactivos ó vasijas que emplea, así como una probidad sin límites y costumbre especial para evitar digresiones ó inútiles rodeos en los informes periciales.

La fama de Orfila se engrandeció de una manera extraordinaria y llenó rápidamente el mundo entero, fijándose en él la universal mirada desde que informó en el célebre proceso de envenenamiento de Carlos Lafarge, un rico fabricante de Glandier que murió envenenado, recayendo vehementes sospechas de haber sido su señora la causante de tan horrible crimen.

En efecto; diferencias de costumbres y educación entre ambos esposos, pues la señora, educada en el gran mundo, con hábitos y exigencias aristocráticas, no simpatizaba con la ruda, áspera y brusca franqueza de su marido, acostumbrado á tratar con los braceros y operarios de las fáabri-

cas. Las primeras manifestaciones de la tormenta matrimonial aparecen en una fatal carta que la señora, llamada María Capelle, escribió á su marido, y donde le dice que amaba á otro. Parece ser que luego vino un período de reposo y olvido de tales ofensas, hasta el punto de hacer testamento Lafarge en favor de su señora, y algún tiempo después cayó enfermo el marido, cuya enfermedad terminó con la muerte.

Los síntomas anómalos de la dolencia, su rápida y fatal terminación, la circunstancia de haber comprado la señora (según el dicho de algunos), pocos días antes, arsénico blanco, con objeto de destruir las ratas, y el haber ella misma administrado al enfermo, sin permitir otra intervención, alimentos y medicamentos, hasta que llegó su desgraciado fin, todo ello constituía un conjunto de datos terriblemente comprometedores para María, á quien se procesó inmediatamente y cuya causa adquirió celebridad tan

extraordinaria, que el día señalado para la vista fué un verdadero acontecimiento, y el fallo del proceso dependió, como es natural, del dictamen del sabio decano de la Facultad de Medicina de París, verdadero juez en aquel ruidoso asunto, cuya transcendencia social fué de resonancia extraordinaria.

Se encontró, en efecto, el arsénico en el cuerpo del difunto y el Jurado declaró culpable á la procesada, cuyos cabellos se tornaron blancos en el espacio de breves horas después que tuvo noticia del terrible veredicto, que la condenaba á perpetua reclusión; y aun cuando algunos años más tarde fué indultada por el jefe del Estado, no sobrevivió mucho tiempo al momento en que recobró la libertad perdida, pues adquirió con los disgustos mortal dolencia que concluyó con sus días. Este proceso tuvo una celebridad pocas veces vista : todos los periódicos del mundo, las conversaciones de los círculos y particulares, el asunto que preocupaba la aten-

ción pública era la causa del envenenamiento de Lafarge y cuanto á él se refería.

Orfila murió el 11 de Marzo de 1853. Se le acusa por algunos de falta de patriotismo por abandonar á España y haber dado á extranjera nación los preciados frutos de su ingenio y la gloria de su nombre. Sin tratar de disculparle, hay que tener en cuenta, sin embargo, las circunstancias que le rodearon y la posición crítica y especial en que se hallaba, todo lo cual le obligó á seguir conducta diversa de la que en otro caso hubiera observado. No empaña este lunar el brillo de su fama ni eclipsa los fulgores de su gloria.

del salón del Paraninfo de la Universidad Central, pagando un tributo de gratitud que su entusiasmo de artista le hacía expresar á quienes habían erigido un monumento á la Ciencia, y donde el Arte parece complacerse en tejer inmarcesible corona á la majestad de aquélla; así como tampoco debe olvidarse el discurso que leyó en 25 de Abril de 1880, al ingresar en la Real Academia Española, y que trata de la poesía en el siglo xix.

De todos modos, su memoria prodigiosa, su fecundidad inagotable, su fantasía exuberante, su brillantísima imaginación, su laboriosidad incansable, su talento sintético, sobresaldrán entre los defectos que algunos le han atribuido de no ser gran razonador, dando á la forma exagerada importancia y de llevar su hermosa fantasía á los austeros campos de la Historia, y no le arrebatarán los envidiables títulos de Príncipe de la elocuencia, de Titán de la tribuna y gloria nacional.

Cuando el crepúsculo vesperti-

no del 29 de Mayo de 1899 acariciaba las sombras de la noche, caían en el féretro de Castelar las últimas paletadas de tierra, sobre la cual ciertamente crecerán muchas flores de matices y aromas menos hermosos y gratos que los que su privilegiado cerebro produjera. ¡Contraste singular! Parecen escritas para formar su última corona las siguientes líneas que consigna en su artículo *El Cementerio de Pisa* :

«Las maldades humanas jamás lograrán obscurecer en mi alma las verdades divinas. Yo como distingo el bien del mal distingo la muerte de la inmortalidad. Yo me dejo aquí mi cuerpo como una armadura que me fatiga, para continuar mi infinita ascensión á las altas ciénagas bañadas por la luz eterna».

CAMPOAMOR

*(Breves noticias de algunos hechos
poco divulgados de su vida.)*

Es innegable el interés que inspira conocer siquiera algunos datos biográficos, á la manera de rápido bosquejo, de uno de los más inspirados y geniales poetas españoles, que durante más de la mitad del siglo XIX ha ceñido sus sienes la aureola de la fama y ostentado el carácter de creador de una forma especial de poesía, que le ha dado una originalidad tan grande é indiscutible, como es difícil que se haya adjudicado á nadie el honroso título de autor

de un género de composición poética que lleva envuelto en pequeñas líneas los arreboles de la inspiración, las galas de la fantasía, la profundidad del concepto y la síntesis de grandes ideas.

La villa de Navia, en la provincia de Oviedo, fué la cuna de D. Ramón Campoamor, el día 24 de Septiembre de 1817. Sus primeros y rudimentarios estudios en el idioma del Lacio los realizó en Puerto de Vega, y aun cuando no mostraba en un principio gran afición al latín, no por eso dejó de admirar después los clásicos y leer repetidas veces lo mismo los preceptos del gran Horacio que las virgilianas églogas, donde parece que se retratan todos los poéticos atractivos del país mantuano. Después pasó á Santiago de Galicia, y en la compostelana ciudad dió los primeros pasos en los estudios del Instituto, saboreando aquellas ciencias que más tarde habían de enaltecerle cultivándolas con tanto provecho.

Trasladado á Madrid, siguió sus estudios en el convento de

Santo Tomás con los frailes dominicos, cursó Matemáticas con D. Alejandro Bengoechea y asistió más tarde á las aulas del Colegio de San Carlos, donde fué discípulo del Dr. Corral, después Marqués de San Gregorio. Pero sus aficiones favoritas le llamaban á muy distinto campo, y en la poesía es donde su alma se extasiaba, mostrando bien pronto la gran fuerza de su exuberante inspiración, pues en sus juveniles años daba lectura, en el Liceo de Madrid, á poesías admirables, que valían grandes aplausos al simpático lector de negra y rizada cabellera, como, al decir de sus biógrafos, ondeaba sobre su frente.

Su primera obra fué un tomo de poesías titulado *Ayes del alma*, y sus opiniones políticas se manifestaron en una oda que leyó en el Liceo, en honor de la reina Cristina, madre de D.^a Isabel II, cuando estaba aquella señora en el destierro. Después publicó la *Historia crítica de las Cortes reformatoras*; la *Filosofía de las*

leyes; más tarde, *Lo absoluto*, y sobre todo, lo que le ha caracterizado es las *Doloras*, composiciones poéticas por él creadas y de que ha dado á luz multiplicadas ediciones, leídas con gran avidez en España y América y aplaudidas en el mundo entero.

Su libro *Drama universal*, sus artículos periodísticos, sus *Pequeños poemas*, las *Humoradas*, sus obras para el teatro, como *Cuerdos y locos*, *Guerra á la guerra* y *El palacio de la verdad*; los altos cargos que desempeñó en la Administración pública, sus trabajos en el Parlamento como diputado y senador, toda su personalidad está admirablemente sintetizada en las siguientes frases de Castelar: «Dará á su poesía por nombre un neologismo tal como *Dolora*; deslumbrará los entendimientos con los vistosos juegos de su ingenio soberano, tan admirable por la novedad y riqueza de las ideas como por la corrección y hermosura de las frases; verá cada hecho de la vida y hasta cada fenómeno de la

Naturaleza como si espíritu y materia dependieran de su voluntad y se juntaran ó desunieran al conjuro de su albedrío». No puede, en efecto, dibujarse la figura de Campoamor con mayor perfección.

Ingresó en la Real Academia Española el día 3 de Marzo de 1862.

De carácter llano y afable, tenía frases cariñosas para todos y era el primero que señalaba los defectos á sus obras, sin que jamás le cegase el amor propio, pues modesto por naturaleza, admitía en su trato con igual y democrático afecto al escritor novel y desconocido que al que ya había conquistado los lauros de la fama y disfrutaba por cualquier concepto una posición distinguida. Era, pues, sencillísimo en su manera de conducirse, á pesar de ser el poeta aristocrático, cuyos inspirados versos los solicitaban constantemente para honrar elegantísimos álbums que figuraban en los salones de las damas de la nobleza, algunas de cuyas

composiciones figuran entre sus más preciadas obras.

Pero hay un hecho en la vida de Campoamor no divulgado ni dado á conocer por sus muchos biógrafos. Me refiero á sus estudios químicos, que realizó ya en edad muy madura, con verdadero entusiasmo y con gran deseo de penetrar en los detalles de una ciencia de suyo difícil y árida pero de aplicaciones inmensas y transcendentales en muchos problemas de la vida que á la continua demandan su solución. Asistió durante los años 1871 al 1874 á las cátedras de Análisis químico de las Facultades de Farmacia y de Ciencias y oyó con verdadero deleite las explicaciones de los Dres. Ríoz y Bonet Bonfill, fijándose principalmente en las del primero, á cuya clase asistió con puntualidad durante dos años consecutivos y se penetró de toda la importancia de la ciencia que estudiaba.

En 1899 se trató de coronarle de igual modo que se hizo con Quintana y con Zorrilla. Su mo

destia rehusó este homenaje que su patria le consagraba.

Su muerte, acaecida el 12 de Febrero de 1901, á la una de la madrugada, produjo unánime sentimiento. El Gobierno, interpretando los deseos de todos, decretó que su entierro fuera á expensas del Estado, y en medio de la manifestación de duelo producida al conducir sus restos á la última morada, no podían menos de recordarse aquellos versos suyos que dicen :

La tumba es al lecho igual;
pero bien sabido ten
que en uno se duerme mal
y en otra se duerme bien.

EL EMINENTE TOXICÓLOGO ORFILA (*)

Cuando se leen con avidez las interesantes páginas de los anales jurídicos, donde se consignan los más terribles episodios del crimen, hallamos entre los nombres de los que han esparcido verdadera luz en el oscuro campo de las dudas el nombre de un ilustre sabio, español por su origen, si bien francés por sus oficiales cargos, que merece figurar cual uno de los campeones de la difícil y transcendental ciencia toxicológica y citarse en esta colección de celebridades.

Tal es Mateo Pedro Orfila,

imperecedero nombre que deberá considerarse siempre como una de las eminencias científicas de recuerdo eterno en los fastos de la Historia, y en la cual tiene nuestro país la dicha de haber sido su cuna. Nació el 24 de Abril de 1787, en la ciudad de Mahón, en cuyo día ganó la Ciencia uno de sus apóstoles, la Justicia uno de sus grandes auxiliares y la Humanidad uno de sus más decididos bienhechores.

Se trata, por tanto, de una de esas figuras que, habiendo traspasado los límites del tecnicismo de un orden de estudios, han pasado al dominio público, y es de interés general conocerlas y admirarlas, por cuyo motivo se inserta su nombre en éstas páginas.

Su talento y sus obras han producido tal asombro y han llevado en pos de sí consecuencias tan transcendentales, y se han impuesto de tal manera, que tiene forzosamente que saludarles la Humanidad con admiración profunda y llenar todos los ámbitos con esa notoriedad que debe tri-

butarse al genio por derecho propio.

Sus primeros estudios se dirigieron á la carrera de Marina. Pero bien pronto manifestó su escasa vocación por ella, abandonándola á pesar de las imposiciones de la familia, y se dedicó de lleno á los estudios de Medicina, que comenzó en Valencia, pasando después á Barcelona, desde cuyo punto marchó á Francia pensionado, con objeto de estudiar la ciencia al lado de los grandes maestros y respirar en la atmósfera en que se hallaban los primeros médicos y químicos del orbe.

Legó á París el 9 de Julio de 1807, cuando á poco estalló la guerra con España, y vióse exhausto de recursos, en términos que hubiera pasado las mayores estrecheces, si un pariente suyo que residía en Marsella no viniese en su apoyo, hasta que pudo recibir el grado de Doctor en 27 de Diciembre de 1811.

Empezó entonces á enseñar Química en París con asombroso

éxito, contando entre sus discípulos á hombres tan eminentes como Chomel y Béclard, que más tarde han sido lumbreras en las especialidades á que se dedicaron.

El día 1.º de Marzo de 1819 fué nombrado catedrático de Medicina legal en la Facultad de París, y á la reorganización de la enseñanza se encargó, en el mismo centro, de la cátedra de Química, que desempeñó por espacio de treinta años.

Comenzó su carrera de escritor por el *Tratado de Toxicologia general*; pero lo que verdaderamente hace honor á su memoria es el *Tratado de las exhumaciones juridicas*, en cuyas instructivas páginas encuentran los abogados y médicos grandes enseñanzas.

Además escribió el *Tratado de los venenos de los reinos mineral, vegetal y animal*, *Elementos de Quimica aplicada*, *Socorros á las personas envenenadas y asfixiadas*, *Tratado de Medicina legal*, *Diccionario de térmi-*

nos de Medicina, Cirugia, Farmacia, Física y Química, y otras varias.

Tenia Orfila aptitudes para muy diversos géneros de estudios. Sus biógrafos consignan que era un gran músico, y que desde luego en este arte hubiera realizado grandes portentos á no impedírsele la falta de tiempo, consagrado, en primer término, á su ciencia favorita.

Durante diez y ocho años fué decano de la Facultad de Medicina de Paris y dió vigoroso impulso á diversos estudios, sobre todo los de Toxicología, donde ha sido una de las primeras figuras que registra la historia de esta ciencia.

Señaló con su honroso ejemplo las condiciones que debe reunir el toxicólogo, cuales son : la discreción más absoluta para guardar secreto en tan delicados asuntos; la claridad para ser explícito en las afirmaciones; la vigilancia en los objetos que tiene bajo su custodia, evitando que manos extrañas los substraigan ó substi-

tuyan; energía para desoir toda sugestión ó despreciar las amenazas, y, por último, cuidado extremo en la absoluta pureza de los reactivos ó vasijas que emplea, así como una probidad sin límites y costumbre especial para evitar digresiones ó inútiles rodeos en los informes periciales.

La fama de Orfila se engrandeció de una manera extraordinaria y llenó rápidamente el mundo entero, fijándose en él la universal mirada desde que informó en el célebre proceso de envenenamiento de Carlos Lafarge, un rico fabricante de Glandier que murió envenenado, recayendo vehementes sospechas de haber sido su señora la causante de tan horrible crimen.

En efecto; diferencias de costumbres y educación entre ambos esposos, pues la señora, educada en el gran mundo, con hábitos y exigencias aristocráticas, no simpatizaba con la ruda, áspera y brusca franqueza de su marido, acostumbrado á tratar con los braceros y operarios de las fáabri-

cas. Las primeras manifestaciones de la tormenta matrimonial aparecen en una fatal carta que la señora, llamada María Capelle, escribió á su marido, y donde le dice que amaba á otro. Parece ser que luego vino un período de reposo y olvido de tales ofensas, hasta el punto de hacer testamento Lafarge en favor de su señora, y algún tiempo después cayó enfermo el marido, cuya enfermedad terminó con la muerte.

Los síntomas anómalos de la dolencia, su rápida y fatal terminación, la circunstancia de haber comprado la señora (según el dicho de algunos), pocos días antes, arsénico blanco, con objeto de destruir las ratas, y el haber ella misma administrado al enfermo, sin permitir otra intervención, alimentos y medicamentos, hasta que llegó su desgraciado fin, todo ello constituía un conjunto de datos terriblemente comprometedores para María, á quien se procesó inmediatamente y cuya causa adquirió celebridad tan

extraordinaria, que el día señalado para la vista fué un verdadero acontecimiento, y el fallo del proceso dependió, como es natural, del dictamen del sabio decano de la Facultad de Medicina de París, verdadero juez en aquel ruidoso asunto, cuya transcendencia social fué de resonancia extraordinaria.

Se encontró, en efecto, el arsénico en el cuerpo del difunto y el Jurado declaró culpable á la procesada, cuyos cabellos se tornaron blancos en el espacio de breves horas después que tuvo noticia del terrible veredicto, que la condenaba á perpetua reclusión; y aun cuando algunos años más tarde fué indultada por el jefe del Estado, no sobrevivió mucho tiempo al momento en que recobró la libertad perdida, pues adquirió con los disgustos mortal dolencia que concluyó con sus días. Este proceso tuvo una celebridad pocas veces vista : todos los periódicos del mundo, las conversaciones de los círculos y particulares, el asunto que preocupaba la aten-

ción pública era la causa del envenenamiento de Lafarge y cuanto á él se refería.

Orfila murió el 11 de Marzo de 1853. Se le acusa por algunos de falta de patriotismo por abandonar á España y haber dado á extranjera nación los preciados frutos de su ingenio y la gloria de su nombre. Sin tratar de disculparle, hay que tener en cuenta, sin embargo, las circunstancias que le rodearon y la posición crítica y especial en que se hallaba, todo lo cual le obligó á seguir conducta diversa de la que en otro caso hubiera observado. No empaña este lunar el brillo de su fama ni eclipsa los fulgores de su gloria.

(*) EL DOCTOR DON MIGUEL COLMEIRO (1)

Acaba de bajar al sepulcro un veterano de la Ciencia, que ha constituido una de las glorias indiscutibles de la nación española en el siglo anterior, y que en medio de la modestia que lleva en pos de sí el cultivo de unos estudios distanciados enormemente de la política y ajenos también á la amenidad que atrae á las muchedumbres, llamó la atención lo bastante para que propios y extraños hayan pronunciado su

(1) Artículo publicado á los tres días de la muerte del Sr. Colmeiro.

nombre con respeto, y se recuerden sus obras como testimonio irrecusable de cultura y progresos científicos.

La vida de D. Miguel Colmeiro, que comienza en 22 de Octubre de 1816 en Santiago de Compostela y termina en Madrid el 21 de Junio de 1901, fué larga pero fructífera en resultados utilísimos para la Ciencia y de indiscutible honra para la Patria, de tal suerte que su nombre no ha de ser de los que pasen á la obscuridad y al olvido, sino que ha de recordarse constantemente por todo el que se dedique al estudio de la Botánica, considerándolo siempre como una de las figuras de más relieve en la ciencia española.

Supo leer admirablemente esas elocuentes páginas del libro de la Naturaleza, inspirándose en sus lecciones, interpretando maravillosamente los hechos y dando la verdadera significación que tienen sus grandes verdades, de tal suerte que sus máximas sirvieron de norma para que lo

demás aprendiesen del ilustre maestro y sus trabajos formen rico caudal de tesoros científicos.

Dedicado primero con entusiasmo á la carrera de Medicina, en cuya Facultad recibió el grado de Doctor en 1843, alcanzó, tres años más tarde, el de Doctor en Ciencias, dedicándose con exclusiva y preferente atención á los estudios botánicos, y obtuvo en Barcelona una cátedra de Agricultura y Botánica en virtud de oposición, siquiera este título, en nuestro concepto, no le enaltezca más que lo que después han proclamado sus escritos y brillantes trabajos científicos, considerados con igual aprecio dentro y fuera de España.

Catedrático más tarde de la Universidad de Barcelona, hasta que fué trasladado á la de Sevilla en 1847, en la poética ciudad del Guadalquivir realizó importantes estudios y contribuyó á mejorar el Jardín Botánico. Después, en Madrid, ha podido, durante cuarenta años, mostrar en sus trabajos de investigación y

en los importantes cargos que ha desempeñado, todo el poder de su inteligencia y la asiduidad constante de su aplicación y amor al estudio. Más de veinte libros originales, multitud de opúsculos y artículos de verdadero interés diéronle una reputación envidiable y le conquistaron por derecho propio un puesto en primera línea entre los hombres de mérito de nuestra patria.

El *Bosquejo histórico del Jardín Botánico de Madrid* y la obra titulada *La Botánica y los botánicos de la Península hispano-lusitana*, que le premió la Biblioteca Nacional en certamen público, le acreditan de eruditísimo en estudios históricos y literarios, pues esos libros constituyen una base de fructífera consulta, adonde jamás se acude en vano cuando hay necesidad de utilizar noticias de importancia por lo cual son verdaderos monumentos erigidos á la historia de la Ciencia en nuestro país, que proclaman muy alto el valor de los botánicos españoles, dignos

de ponerse en parangón con los primeros del mundo. Aun cuando le faltasen otros títulos al señor Colmeiro, bastara éste para que su memoria se venerase con respeto.

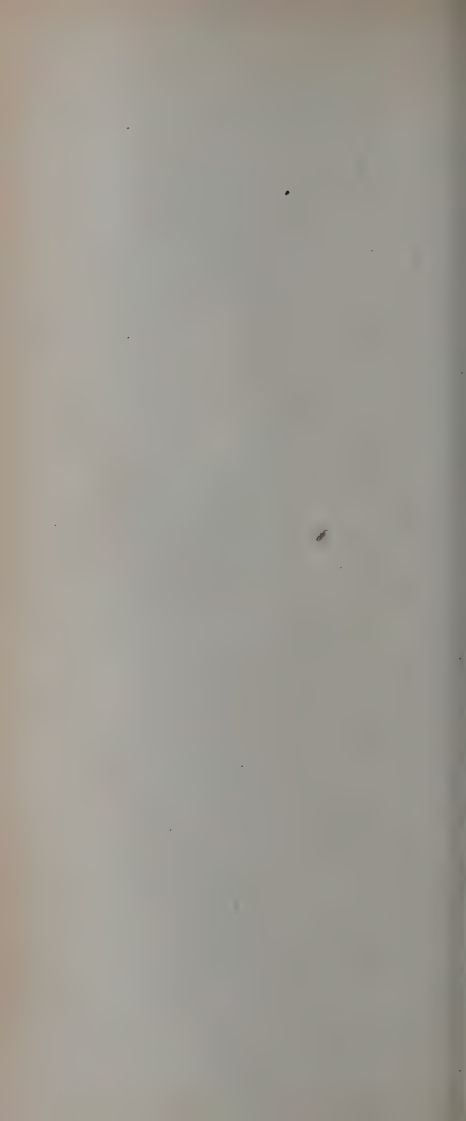
Entre sus obras principales, figuran además el *Curso de Botánica*; el *Diccionario de los nombres vulgares de muchas plantas*; el *Catálogo metódico de las plantas de Cataluña*; *Apuntes para la Flora de las dos Castillas*; la *Enumeración y revisión de las plantas de la Península hispano-usitana é Islas Baleares*; la *Enumeración de las Criptógamas de España y Portugal*, y otras varias.

La fama fué, por consiguiente, de día en día agigantando y dando extensión á su nombre, y como resultado del aprecio público, se abrieron para él, con justicia, las puertas de tres Reales Academias oficiales, cuales han sido la Española, la de Medicina y además la de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, y la de Ciencias de Bélgica, en cuyas

corporaciones ha dejado no pocas huellas de su talento, así como en la enseñanza, en la cátedra que ha ocupado más de medio siglo, en los cargos de rector de la Universidad Central, decano de la Facultad de Ciencias de la misma, director del Jardín Botánico de Madrid, consejero de Instrucción pública y de Agricultura, y otra multitud, que la brevedad de este artículo no consiente enumerar.

De carácter austero, aunque afable y asequible á todos, no gustaba de la exhibición ni la notoriedad, prefiriendo al ruido del aplauso el silencio del gabinete de estudio y el placer del que acude á la Naturaleza para recoger sus tesoros, coleccionarlos y clasificarlos, formando el precioso herbario que ha de figurar entre los modelos de este género de colecciones, para servir de útil enseñanza á los que se dedican á la Botánica, pudiendo admirar siempre en aquellos ejemplares las honrosas huellas de un sabio.

No está nuestra patria tan sobrada de hombres que hayan alcanzado por sus grandes méritos las cumbres de la gloria científica, para que al cerrarse la tumba de uno de los que con más justicia han llevado el título de ilustres, dejemos de lamentar su pérdida y dedicar un recuerdo al que con su palabra y su pluma ha sido uno de los primeros mantenedores del sagrado fuego de la Ciencia en España y contribuido a que no pase inadvertido el nombre español en el concierto de la universal cultura.



(*) EL ILUSTRE MÉDICO

CON RAFAEL MARTÍNEZ MOLINA (1)



El tributo de consideración que hoy se dedica á perpetuar la memoria de un sabio, merecedor por todos conceptos de que su recuerdo sea imperecedero, no puede ser más digno de aplauso y más simpático y consolador á los ojos de todos los amantes de las glorias de la Patria, que miran en esa personalidad, condensados y reunidos por excepcional caso, la

(1) Artículo publicado el 17 de Noviembre de 1901, al colocar una lápida conmemorativa en la casa en que vivió.

ciencia, la modestia, el trabajo y el talento, cuyo mérito escondió cual violeta humilde en el bosque, aromatizó con su perfume é inundó con su fragancia el espacio, de tal suerte que señaló la opinión con rara unanimidad su valor, enaltecíéndole á las cumbres de la fama.

Dedicado D. Rafael Martínez Molina con verdadero entusiasmo al estudio de las ciencias naturales y al de la Medicina, en cuyas dos facultades ostentó la borla de Doctor, brilló con luz esplendorosa y magnífica en ambos conceptos, llegando en las ciencias médicas á las cimas del saber y al pináculo de la gloria, mereciendo el aplauso de la generalidad y que su nombre lo acogiese la fama para llevarlo de una á otra región, y hacer que se pronunciase no ya sólo con respeto, sino con ese entusiasmo que produce el mérito que se eleva muchos codos sobre el nivel de las gentes y merece por sus actos la corona que se tributa al valer, consignado por aclamación.

Mucho y de gran importancia se realizó en una existencia que, cual la del Dr. Martínez Molina, comienza en Jaén el 24 de Diciembre de 1816, y termina en la misma población en 14 de Marzo de 1888.

Sus principios fueron difíciles, teniendo que sostener con la suerte, siempre adversa y esquiva, batallas empeñadas y rudos combates, de los cuales, si bien resultaba la victoria concedida al que pelea con fe y valor por una causa justa, no era un triunfo alcanzado sin heridas ni amarguras, resultando el camino recorrido por el joven una campaña de angustias dolorosas.

Su juventud, por tanto, fué amarga y tuvo que reñir serios combates con la fortuna, nada propicia para él. Sin embargo, la constancia, la fe y el trabajo le auxiliaron para vencer en tan difíciles luchas, y al fin logró romper el hielo de la indiferencia y llamar la atención pública por sus conocimientos; pero fué largo y espinosísimo, no obstan-

te, el camino que tuvo que recorrer hasta que la voz pública le conoció con los honrosos dictados de la *Perla de San Carlos* y el *Sabio andaluz*.

Parece ser que le estoy viendo: de pequeña estatura, completamente calvo, estrechas patillas blanquísimas como la nieve, penetrante mirada y voz poco intensa, explicaba á sus alumnos Anatomía en el inmenso anfiteatro de San Carlos, donde una juventud bulliciosa se agolpaba á escuchar la palabra autorizadísima de aquel maestro que recordaba los sabios de la Sorbona, exponiendo en cada lección un mundo de ideas, producto de la experiencia y del estudio de un concienzudo profesor que había nacido con vocación verdadera para tan difícil empresa.

Afable para con todos, pero muy especialmente con los enfermos que reclamaban sus servicios, debiendo la conservación de su vida y el reintegro de su salud al talento y á la pericia de tan eximio médico y hábil operador

quirúrgico, se captaba las simpatías de todos, teniendo la satisfacción de ser igualmente querido de sus clientes y de sus compañeros, que no veían el émulo, sino el maestro, así como también fué de la juventud escolar enaltecido, como no podía menos de acontecer en quien reunía condiciones excepcionales para la enseñanza, que con la dulzura y el cariño inculcaba sus sabios consejos á las nuevas generaciones que, cual aurora del porvenir, saludaban con sus aplausos á un profesor insigne.

Entusiasta, como pocos, por cuanto á la enseñanza se refiere, no decayeron sus ánimos con los años, ni se entibió su fe con el frío del desengaño, ni fué obstáculo á que cediera en su empresa la indiferencia de algunos, como lo atestiguan los discursos que leyera en ya lejanos días ante una Sociedad de jóvenes alumnos, titulada *La Amiga del estudio*, á quienes no podía ocultar las simpatías con que miraba los deseos de aquellos estudian-

tes, ávidos de adiestrarse en lides académicas, aun antes de salir de las aulas, por cuyo motivo prodigaba en sus discursos torrentes de poéticas y galanas frases que le acreditaron de escritor distinguido, como demostró después en el discurso de apertura de la Universidad Central, en 1878.

Fué Martínez Molina acabado modelo del perfecto profesor en todos conceptos. Cual otros muchos, brilló en la cátedra; han sido lumbreras de la Ciencia y gloria de la patria, como él, aun cuando no ingresaran en la enseñanza por el procedimiento directo de la oposición, sin que esto signifique, en modo alguno, traer á este sitio, por no ser oportuna del momento, la discusión del sistema de proveer cátedras, cuyo asunto nos desviaría del principal objeto á que se consagran estas líneas.

Martínez Molina obtuvo, por oposición, honorífico premio al terminar su carrera en 1827, y reunió entre sus muchos diplo-

nas el de individuo de número de la Real Academia de Medicina, en cuya ilustre corporación dió señaladísimas muestras de su valer, evacuando informes, tomando parte en sus discusiones, leyendo discursos y mostrando siempre la justicia con que le abrió sus puertas, considerándose no ya sólo como un insigne anatómico, sino como persona de gran cultura y digno por sus condiciones de terciar en debates de verdadero empeño y de que su opinión tuviera un gran peso, al dilucidar difíciles problemas. Varias otras corporaciones, que sería prolijo enumerar, se apresuraron también á otorgarle sus títulos de honor.

Era el perfecto modelo del hombre de ciencia, que posee caudal inmenso de conocimientos sin darse cuenta de las grandes riquezas que atesora y de la ilustración que difunde en torno suyo, como el cuerpo luminoso que esparciera raudales de luz sin que se apercibiera su origen. De sobrias y morigeradas costum-

bres, laborioso y enemigo de la ostentación y el lujo, fué necesario que su inmenso valer llamara la atención pública y fuese á buscarle en su modesto retiro, aun contrariando sus aficiones, más propias de la soledad y el estudio que de los convencionalismos de trato social y de los goces de mundo.

Enaltecer el recuerdo de un eminente hombre de ciencia, que no sólo tuvo la modestia por norma, sino el cumplimiento más estricto del deber en todas sus esferas; que consiguió la veneración, el aplauso y las simpatías de multitud de generaciones de jóvenes que solícitos acudían á su clase, movidos más por el atractivo y superioridad del maestro y el deseo de escuchar sus lecciones, que por el ineludible deber reglamentario que no puede imponer jamás el afecto y cariño, nacidos espontáneamente, como brota de la flor la esencia embriagadora, y de la vibración el sonido armónico.

Así es que, cuando se presen-

...cian actos como el realizado para honrar la memoria del Dr. Martínez Molina, inscribiendo, su nombre en conmemorativa lápida en el edificio donde vivió, se experimenta una viva satisfacción al considerar que pueblos que inmortalizan de tal suerte á sus hombres de ciencia, merecen, sin disputa, figurar á la vanguardia de la civilización y al nivel de los que ostentan los títulos más gloriosos y los atributos más sublimes. Felicitemos, pues, con toda efusión á los iniciadores de la apoteosis, que se han enaltecido sobremanera al honrar al sabio.

(*) EL MARQUÉS DE GUADALERZAS (1)

Acaba de exhalar el último
aspiro un hombre ilustre, que
aprovechó conquistarse con su talento
su trabajo la aureola de la fa-
ma y á quien por unánime su-
ragio se concedió la patente de
abio desde hace medio siglo, sin
que haya decaído un instante tan
honroso concepto, en las conti-
nuadas muestras que de su inge-
nio daba, con los escritos que
rotaron de su pluma y las elo-
quentes frases de sus interesantes

(1) Artículo publicado con mo-
tivo de su muerte, 6 de Julio de 1902.

discursos. Médico ilustre, filósofo profundo, escritor eruditísimo académico durante sesenta y tres años de la Real de Medicina donde ingresó por oposición en 1839, y de que era presidente, el Sr. D. Matías Nieto Serrano Marqués de Guadalerzas, ha sido una de esas figuras que la España científica del siglo xix dejó como recuerdo imperecedero de sus glorias y cual legado de sus legítimos triunfos. Parece que estoy viendo presidir las sesiones de la Real Academia de Medicina, acudir á ellas con sin igual puntualidad y dirigir los animados debates de la ilustre corporación, con una lucidez y acierto no frecuentes en un anciano de ochenta y nueve años, que por raro privilegio de la suerte podía aún en su edad avanzada escribir para el público y pronunciar discursos con la misma perfección y claridad de juicio que lo hiciera en los años de su mayor fuerza vital.

Hijo del trabajo y héroe de mismo, logró por sus propios

esfuerzos, como elocuentemente ha expuesto el Dr. Pulido en su artículo de *El Liberal*, adquirir posición desahogada y honores, que compartió con su amantísima familia, donde también ha tenido la fortuna de ver en sus descendientes personalidades ilustres que, como su hijo D. Emilio y su hijo político el Sr. López Puigcerver, han alcanzado renombre y altos puestos, y hasta para satisfacción suya, que las generaciones juveniles embelecieran con las flores perfumadas de la esperanza, propia de esta edad, los últimos días del venerable doctor que se identificaba con las nuevas ideas, á las que siempre fué afecto y conservaba los alientos y el entusiasmo que le animaron en los ya lejanos días en que comenzara su vida pública.

Médico militar primeramente; fundador, al mediar el siglo anterior, en unión de Escolar y Méndez Álvaro, de uno de los más antiguos periódicos médicos de España, *El Siglo Médico*;

autor de obras de Medicina; traductor de la clásica *Materia médica* de Trousseau y Pidoux; publicista infatigable, dió á luz otra multitud de libros en donde resplandece siempre la figura del ilustre pensador. Tal vez se diga por algunos que las obras de Nieto Serrano adolecen de demasiado abstrusas y no asequibles á las inteligencias vulgares, pero eso mismo es una demostración palmaria de la superior inteligencia de su autor, que no podía menos de elevarse á la altura en que se ciernen los grandes talentos que generalizan las ideas con la mirada del águila.

En el periódico y en el libro dió incesantemente muestras de su ingenio, pudiendo decirse que brotaron de su pluma cuartillas como si fueran gotas de agua de inextinguible lluvia, que comenzara en sus juveniles años con inspiradas poesías, después con innumerables artículos periodísticos; siguieron luego discursos, monografías y memorias que honran la colección de la Real

Academia de Medicina, en el largo período de tiempo que fué su secretario perpetuo, y últimamente con libros tan estimables como la *Biología del pensamiento*, dada á luz en 1891, y que forma un tomo de más de 400 páginas.

Dos conferencias dadas en la Escuela práctica de especialidades médicas en 1898, una acerca de Aristóteles y otra de Sócrates, revelan, como siempre, al filósofo y al historiador, que mereció la consideración y el aplauso, no sólo de la generalidad, sino de las eminencias españolas del pasado siglo, como fueron, entre otros muchos con quienes mantuvo gran amistad en lejana época, el filósofo Sanz del Río, el ilustre historiador de la Medicina española Hernández Morejón, y todos los hombres de ciencia que fueron sus contemporáneos y sucesores, los cuales han pronunciado con respeto y veneración el nombre de Nieto y Serrano, como uno de los que han llegado á las cumbres de la fama por derecho propio.

Bien puede decirse que una vida aparentemente larga, pues comienza en Febrero de 1813 y concluye en 3 de Julio de 1902, es, sin embargo, breve, cuando al rendir tan copiosos y bien sazonados frutos, quisiéramos que, por una excepción de las leyes naturales, se prolongara todavía mucho tiempo, porque la existencia, aun en los casos de longevidad, cuando estan bien aprovechada, parece todavía más efímera y pequeña, y se pone aún más en resalto el pensamiento del gran Rioja, al decir que no dura más que el fugaz y transitorio espacio de un día, en que se tocan la aurora y el ocaso. La posteridad, seguramente, no ha de olvidar jamás este nombre y perpetuará lo que por dura ley de la Naturaleza ha concluido.

UN MÁRTIR DE LA CIENCIA

La vida y hechos de los hombres de ciencia, que por su índole no tienen más que una limitada esfera de acción, sin trascender á la generalidad, ni ser del público dominio, suelen por lo común quedar en el olvido sepultados y en la indiferencia perdidos, cual otras tantas perlas en el fondo de los mares. Una existencia laboriosa y meritoria, consagrada por entero al trabajo, que vence multitud de obstáculos y que encuentra su fin prematuro, á tres mil leguas del suelo patrio, constituye un conjunto de

hechos que excitan el interés profundamente y que deben proclamarse á toda hora como recuerdo imperecedero que proteste contra el desconsolador sudario del olvido que envuelve á quien desaparece con circunstancias tan excepcionales como la persona cuyo recuerdo encierra estos breves renglones.

Tal es D. Fernando Amor y Mayor, muerto en la expedición científica al Pacífico en 1863.

Vió la luz primera este hombre de ciencia en Madrid, el 24 de Marzo de 1822. Su afición á los estudios de ciencias naturales fué la causa de que siguiese la carrera de Farmacia, que terminó en 1845, si bien no ejerció esta profesión, pues se dedicó de preferencia á la enseñanza, siendo catedrático de varios Institutos de España, residiendo más tiempo en el de la ciudad de Córdoba, donde también publicó la mayoría de sus escritos y fué designado por la Diputación Provincial de la misma como su representante en la Exposición Universal

de París de 1855, con objeto de dar á conocer las riquezas del suelo cordobés y estudiar los adelantos agrícolas.

Aunque tenía competencia en todas las ciencias naturales, su especialidad se dirigió principalmente al estudio de los insectos, en la cual realizó trabajos de gran importancia, fijándose, entre otras muchas cosas, en las costumbres de esos pequeños seres, donde se observan verdaderas maravillas del instinto, dignas de ser consignadas y enaltecidas, estudiando en ellas no poco de gran utilidad en diversos conceptos.

En 1859 publicó un opúsculo con el título de *Recuerdos de un viaje á Marruecos*, donde consignó gran número de curiosas impresiones, en las que se puede apreciar de igual manera al viajero de brillante imaginación y al hombre de ciencia que minuciosamente describe las plantas que encuentra á su paso y las examina con los ojos del perito en esos difíciles estudios. Pero

estas descripciones no son un obstáculo para impedir que se esmalten los relatos del viajero con brillantes y poéticos conceptos que los engalanen y embellezcan, dando cabal idea de las costumbres moriscas, su fanatismo, su rudimentaria y defectuosa industria, su exagerada escuela fatalista que cohibe la libertad de acción, el escaso número de medicamentos de que se valían y el empirismo que reinaba en su modo de aplicarlos. Por eso este trabajo será siempre leído con verdadero interés.

Presentó objetos é hizo estudios importantes en la Exposición Agrícola que se celebró en Madrid en 1857, y realizó después algunos descubrimientos, que fueron valiosos hallazgos científicos, que se consagran en las páginas de los libros de estos asuntos.

El año 1862 se llevó á cabo, siendo ministro de Fomento el señor Marqués de la Vega de Armijo, una expedición científica al país americano, aprove-

chando las escalas y permanencia de la escuadra del mar Pacífico. En ella tuvo lugar, desgraciadamente, la última de las etapas de la vida de D. Fernando Amor. Emprendió dicha expedición lleno de fe, entusiasmo y desinterés, despreciando los peligros á que indudablemente se exponía y no viendo más que el deseo de ensanchar los horizontes de la Ciencia, ilustrando sus gloriosas páginas.

Eran las cinco de la tarde del 10 de Agosto de 1862 cuando partieron los expedicionarios del puerto de Cádiz, á bordo de la fragata de guerra *Nuestra Señora del Triunfo*, llegando el 9 de Septiembre á Bahía (Brasil), en cuya capital fueron recibidos por el entonces emperador D. Pedro II con extraordinaria amabilidad y prodigándoles todo género de atenciones y agasajos. Realizó trabajos importantes en diversas excursiones que emprendió por diversos puntos, atravesando las pampas de Buenos Aires y la gigantesca cordillera de

los Andes; estudió la variada topografía de la República Argentina; recorrió las pintorescas márgenes del río Mendoza; recolectó multitud de utilísimos objetos dignos de estudio en su especialidad de naturalista, que todavía se admiran en los museos, hasta que adquirió, por efecto de las malas condiciones del clima y exceso de trabajo, la enfermedad que le costó la vida, exhalando el último suspiro en San Francisco de California, el 21 de Octubre de 1863.

Así es que, el que salió de su patria lleno de vida, con grandes entusiasmos y ávido de aportar elementos de progreso científico, ante lo cual nada significaba un viaje largo, arriesgado y molesto, la lucha con las inclemencias del tiempo, del terreno árido, accidentado y peligroso, y la falta de los recursos más indispensables para la existencia, se encuentra interrumpida su labor por una muerte prematura que corta súbitamente una carrera meritoria y anula los actos de una superior

inteligencia. La Ciencia perdió entonces uno de sus sabios y la Patria una gloria positiva, por lo cual no podrá menos de recordarse siempre que la historia científica española verá en el nombre de D. Fernando Amor una de las figuras que más han honrado á la Nación, enaltecida y abillantada con la corona del mártir.

NÚÑEZ DE ARCE

No puedo dejar sin mención en esta pequeña galería de celebridades al popular é inspiradísimo poeta que en los finales del siglo XIX y en los comienzos de la vigésima centuria representó las glorias del Parnaso español por unánime sufragio, siendo el último que desapareciera de aquel brillante grupo que con Zorrilla y Campoamor reunían el privilegio de haber alcanzado la corona que se concede á las eminencias y el aplauso que se tributa á los colosos del Arte.

Me honró con su amistad durante muchos años y pude apreciar, por consiguiente, algunos rasgos de su carácter y condiciones de su personalidad, en la familia, en el trato social, en las Academias, en las Cámaras legislativas, en los elevados puestos que desempeñó y en muchos de los actos en que se ponía de manifiesto su talento y su inspiración, que se desbordaba á raudales, aun en medio de padecimientos físicos que le atormentaban á la continua, siendo más dolorosos en una organización en que el predominio de los nervios hacía más intensa cualquier enfermedad, centuplicándose el tormento y agravándose el martirio y la tortura.

Esa circunstancia es, por tanto, la que motiva que una insignificante pluma como la mía trace estos renglones, que pueden considerarse más como débil tributo al esclarecido amigo, que como semblanza que reclama por derecho propio cronista más digno.

En Valladolid, á 4 de Septiembre de 1834, fué donde nació don Gaspar Núñez de Arce. Deseoso de atmósfera más amplia y de público más numeroso para dar á conocer sus pensamientos, trasladóse á Madrid y escribió en el periódico *La Iberia*, órgano batallador, representante entonces de un partido político de oposición violenta, en cuyas columnas hizo sus primeras armas como escritor, y fué diputado en 1866. Después de la revolución de Septiembre fué gobernador de Barcelona, y mucho más tarde director general; en 1883 ministro de Ultramar, y en 1886 senador vitalicio, cuyo cargo juró en 25 de Abril de dicho año. Pero con haber ocupado tan preeminentes cargos en la política, su nombre se destacará mucho más y seguramente atravesará las edades y será imborrable como literato é inspiradísimo poeta, cuya notable aliente es la valentía de sus composiciones, la grandeza de los conceptos, el temple recio de un alma encariñada con el espíritu

batallador. Á los quince años escribió ya un drama, que fue recibido con aplauso.

Más tarde, en *El haz de leña* y *Deudas de la honra*, se mostró el autor dramático de valer y de prestigio, así como colaborando con Hurtado en *El Toisón roto*, *Herir en la sombra*, *La Jota Aragonesa* y *El Laurel de la Zubia*.

Mas hay que considerar su verdadera importancia en las poesías que escribió, que, sin tener el carácter de obras teatrales, retratan al autor de cuerpo entero y le presentan á la consideración pública en todo su esplendor.

Así sucede con los *Gritos del combate*, colección de versos que revelan la elevación de su fantasía, y los varios poemas que han alcanzado una popularidad pasmosa en España y en la América latina, cuyos títulos son de todos conocidos, pues no habrá que repetir que *El vértigo*, *La última lamentación de Lord Byron*, *La visión de Fray Martin*, *Maruja*.

Raimundo Lulio y *La selva obscura*, que fueron leídas en público varias veces, con aquella enonación con que el inolvidable actor Rafael Calvo abrillantaba cuanto salía de sus labios, son las joyas más estimables de la corona de inmortalidad consagrada al ilustre autor de tan valiosas producciones.

La Real Academia Española abrió sus puertas el 21 de Mayo de 1876; el Ateneo de Madrid y la Asociación de Escritores y Artistas le hicieron su presidente; esta última le dedicó un álbum de autógrafos con las firmas más preclaras de la Nación; los Ayuntamientos de Madrid y otras poblaciones dieron el nombre de Núñez de Arce á algunas calles; desempeñó hasta el instante de su muerte el gobierno de un establecimiento de crédito tan importante como el Banco Hipotecario; pero tantas y tan repetidas satisfacciones y tan merecidos premios estaban constantemente amargados por su falta de salud y sus incesantes sufrimientos, so-

bre todo en el último periodo de su vida.

Quien, como el autor de estos renglones, tuvo la honra de tratar con frecuencia á Núñez de Arce, habrá podido observar que, á pesar de los grandes cuidados que le prestara su amantísima esposa, la distinguida Sra. D.^a Isidora Franco, cuyos extraordinarios desvelos por conservar la salud del gran poeta la elevarán juntamente con sus virtudes al mayor enaltecimiento, y también los buenos servicios de sus sobrinos y hermanos, del erudito clínico Dr. D. Santiago Iglesias, su médico y amigo del alma, que se identificaba con el ilustre enfermo, mirándole como el más grande de sus afectos, y también los consuelos prodigados por los amigos y admiradores entusiastas del gran poeta, distinguiéndose entre éstos el escritor Castillo y Soriano (uno de sus predilectos amigos), no se pudieron mitigar las amarguras de aquella existencia que peleaba en las últimas trincheras, defendiéndose

con brios antes de rendirse al enemigo (1).

Algunas veces oí decir á su médico, el referido Dr. D. Santiago Iglesias (quien, á más de tener merecida fama por sus éxitos como inteligente facultativo, es también un inspirado poeta), que inconscientemente se entendía en verso con su cliente, lo cual contribuía á prestar algún alivio y consuelo al atribulado espíritu de éste. Así, por ejemplo, comenzaba una conversación entre el médico y el enfermo, con diálogos como el siguiente :

«—¿Cómo vamos, amigo don Gaspar ?
—Según dice Isidora, estoy mejor;
pero á mí me atormenta este dolor,
y ni un momento puedo descansar...»

En 9 de Junio de 1903 exhaló Núñez de Arce en Madrid el último suspiro. En el salón de su casa de la calle de la Cruzada, entre

(1) El autor de este artículo tuvo también ocasión de apreciar el estado de su enfermedad por haber analizado muchas veces la orina del Sr. Núñez de Arce.

tantas y valiosas coronas que revelaban los triunfos del poeta, y entre los muchos objetos de arte que á su mérito se consagraron, se colocó el féretro que guardaba sus restos. El entierro fué manifestación universal de duelo. Su nombre penetró en la región donde ingresan los que alcanzan excepcional fama y empieza para ellos la inacabable vida del genio. Nunca como en este caso pueden recordarse los versos siguientes que escribiera Núñez de Arce en uno de sus poemas:

«Árbol que brevemente se marchita
es la vida mortal. Hoja tras hoja,
el huracán del mundo que le agita
de su rico ornamento le despoja,
y cuando seco y árido le deja
la tímida ilusión que en él habita,
tiende sus blancas alas y se aleja» (1).

(1) Núñez de Arce: *Maruja*, poema.

(*) EL DUQUE DE WELLINGTON (1)

La fecha del 30 de Abril trae á la memoria el recuerdo de que en igual día de 1769 fué bautizado en Dublín uno de esos personajes destinados á llenar con su nombre muchas páginas de la historia contemporánea, por estar asociado á sucesos de inmensa resonancia en Europa y en el mundo entero, no siendo nuestra nación la que menos parte tuvo al tejer la corona que le inmortalizó y contribuir á enaltecerle,

(1) La importancia de este personaje en la historia de la guerra de la Independencia en nuestro país, es el motivo por el cual se le inserta en este libro, aunque no es español.

elevándole á las cumbres de la fama y al pináculo de la gloria.

Bien conocido el nombre ilustre de lord Wellington, entusiasta de nuestra nación, no hemos de intentar biografiarle, pues no lo consiente en modo alguno la índole de este libro. Sólo deseamos evocar su nombre, con motivo de una efeméride de su vida, recordando de pasada y muy á la ligera alguno de los muchos rasgos salientes de la existencia de un individuo que tanto llamó la atención pública en la primera mitad del siglo xix, cuyo nombre figuró en primera línea en la accidentada política europea de dicho período y que desempeñó tan gran papel en la guerra de la Independencia española.

Educado Arturo Wellesley, que tal era su nombre, en escuelas militares inglesas, con las severidades y rigidez propias de aquellos institutos, empezó sus primeras campañas en Bélgica, donde tuvo la difícil y nada simpática misión de batirse en retirada después de un desastre.

Pero bien pronto hubo de tomar con hartas creces el desquite, el que á los veinticinco años era ya coronel, emprendiendo otros arriesgados combates, en los cuales fué, sin interrupción, de victoria en victoria, hasta el extremo de que la suerte jamás le abandonó, pudiendo decirse que estaba desposado con el triunfo, ciñéndose la corona del vencedor, que casi nunca descendió de su frente, viéndose siempre lozanas y fragantes las magníficas flores que la cubrían.

Produciría enojosa molestia al lector la enumeración de las batallas en que salió vencedor, con la particularidad de haber tenido enfrente enemigos poderosos y muy superiores en número á las fuerzas de que disponía Wellington; pero sirva como ejemplo, entre otras muchas, la de Argoon, donde alcanzó la victoria en 29 de Noviembre de 1803, combatiendo á 40.000 enemigos. Por entonces era su nombre conocido en toda Europa y se apresuraban á prodigarle obsequios

los soberanos y príncipes, y recibía de los Gobiernos las más estimadas condecoraciones. En 1805 le regalaron, como producto de una subscripción, magnífica espada de honor guarnecida de brillantes y una vajilla de plata, cuyo valor se apreció en 2.000 libras esterlinas.

España no fué, en modo alguno, ingrata á los servicios que prestó á nuestra nación el general en jefe del ejército aliado en la guerra de la Independencia. El título de Duque de Ciudad Rodrigo, otorgado por el Gobierno, grandes cruces y otras manifestaciones de aprecio y distinción fueron la muestra de que no servía á un país ingrato y que se apreciaban en cuanto valían sus excepcionales dotes militares y su talento político, de que dió en su patria gallardas muestras, rigiendo los arduos negocios de Estado, después de haber expuesto miles de veces su vida en los campos de batalla.

Refiérense muchas anécdotas relativas á la estancia de Wel-

lington en nuestra patria. Cuenta Mesonero Romanos, en sus *Memorias de un setentón*, que el gran pintor Goya hizo el retrato del lord. Como fuera éste invitado al estudio del genial artista para que viera dicho retrato y no le agradase la obra pictórica, manifestando su disgusto con gestos de menosprecio, diciendo que era casi un mamarracho inaceptable, parece ser que Goya lo tomó muy á mal, hasta el extremo de intentar agredir al inglés, evitando que ocurriera una escena desagradable los amigos que allí estaban, entre ellos el general Álava y el hijo de Goya, que de no ser así, dice Mesonero, hubiera acaso atajado, inopinada y bruscamente, los triunfos del futuro héroe de Vitoria, Toulouse y Waterloo.

La cuna de su fama y el origen de su gran nombre fué indudablemente la guerra de la Independencia española. Su popularidad en nuestro país llegó á ser extraordinaria, conociéndosele entre el vulgo, que no acertaba

á pronunciar bien su título, con las denominaciones imperfectas de *Belintón*, *Belistón* y aun llamado por algunos *Melitón*, y aunque prestó el ejército aliado grandes servicios á la causa española, por lo cual inspiraba, como es natural, grandes simpatías, no dejó de producir alguna siniestra sombra, como indica el ya referido cronista madrileño, al recordar la voladura de la fábrica de porcelana llamada de la *China*, establecida en el Retiro.

Refiérese también (aunque como noticia vaga) que entre los muchos obsequios y agasajos que á porfia le tributaban varias poblaciones de nuestro país, la ciudad de Cádiz (el hermoso florón gloria y orgullo de España) le dió espléndido banquete, sirviéndole los manjares con cubiertos de oro y rindiéndole extraordinarios homenajes de cariño y consideración.

Dicen también sus biógrafos que fué tan afortunado en victorias amorosas como en triunfos

guerreros, siendo tal vez una consecuencia de los otros, rindiendo á los corazones como á los enemigos á quienes combatía.

Refieren también un hecho que le honra igualmente. Parece ser que estaba locamente enamorado de una joven irlandesa de extraordinaria y excepcional hermosura, de aristocrática familia, pues era hija del Conde de Londonderry.

Las exigencias de su carrera y de su cargo obligáronle á ausentarse á la India al frente de su regimiento. Por más que le fuera muy doloroso, partió, despidiéndose de su amada y jurándole eterna fidelidad. Diez años estuvo ausente, volviendo á Inglaterra con nuevos laureles y engrandecido aún más su nombre. El tiempo enfrió algo aquellos volcánicos amores, y aun más todavía el encontrarse que el rostro de su adorada estaba completamente desfigurado á consecuencia de la viruela que había padecido durante su ausencia. Las bellísimas facciones en que

el carmín de la rosa se esmaltaba en el irisante nácar de la perla, se habían por completo demudado con tan terrible enfermedad. Pero el ilustre guerrero, fidelísimo á sus promesas y esclavo de su palabra, sin vacilar tendió la mano á su prometida, realizándose el enlace el día 10 de Abril de 1806.

Como político perteneció al partido conservador, ó sea el llamado *tory* en Inglaterra, y experimentó, cuando formó parte del Gobierno, algunos sinsabores. Su muerte tuvo lugar el 14 de Septiembre de 1852 en Walmer Castle (Condado de Kent), en Irlanda, pero su nombre será imperecedero, cual corresponde al que en Waterloo derrotara al genio de la guerra, eclipsando al que había hasta entonces merecido con más esplendidez los favores de la fortuna, cambiando el mapa de Europa.



ÍNDICE

	<i>Págs.</i>
DVERTENCIA.....	7
omingo de la Calzada, inge-	
niero, médico y santo.	11
a sepultura de Lope.	17
l día que murió Quevedo.	33
ovellanos.	39
on Ramón de la Cruz.	47
el centenario de Samaniego ..	63
ariano José de Larra (<i>Fígaro</i>). ..	71
on Juan Nicasio Gallego	79
alvo Asensio.....	87
on Modesto Lafuente.	99
delardo López de Ayala.	105
el aniversario de la muerte de	
Hartzenbusch.	113
arciso Serra.....	123

	<i>Págs.</i>
Castelar.	133
Campoamor (Breves noticias de algunos hechos poco divulga- dos de su vida).	141
El eminente toxicólogo Orfila.	149
Doctor D. Miguel Colmeiro....	159
El ilustre médico D. Rafael Mar- tínez Molina.	167
El aMrqués de Guadalerzas...	177
Un mártir de la Ciencia.	183
Núñez de Arce.	191
El Duque de Wellington.	199



UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA



3 0112 132854503